

LA ILUSTRACIÓN ASTURIANA

PROPIETARIO Y
DIRECTOR.
EDMUNDO DIAZ DEL RIEGO

SAN ESTEBAN DE PRAVIA

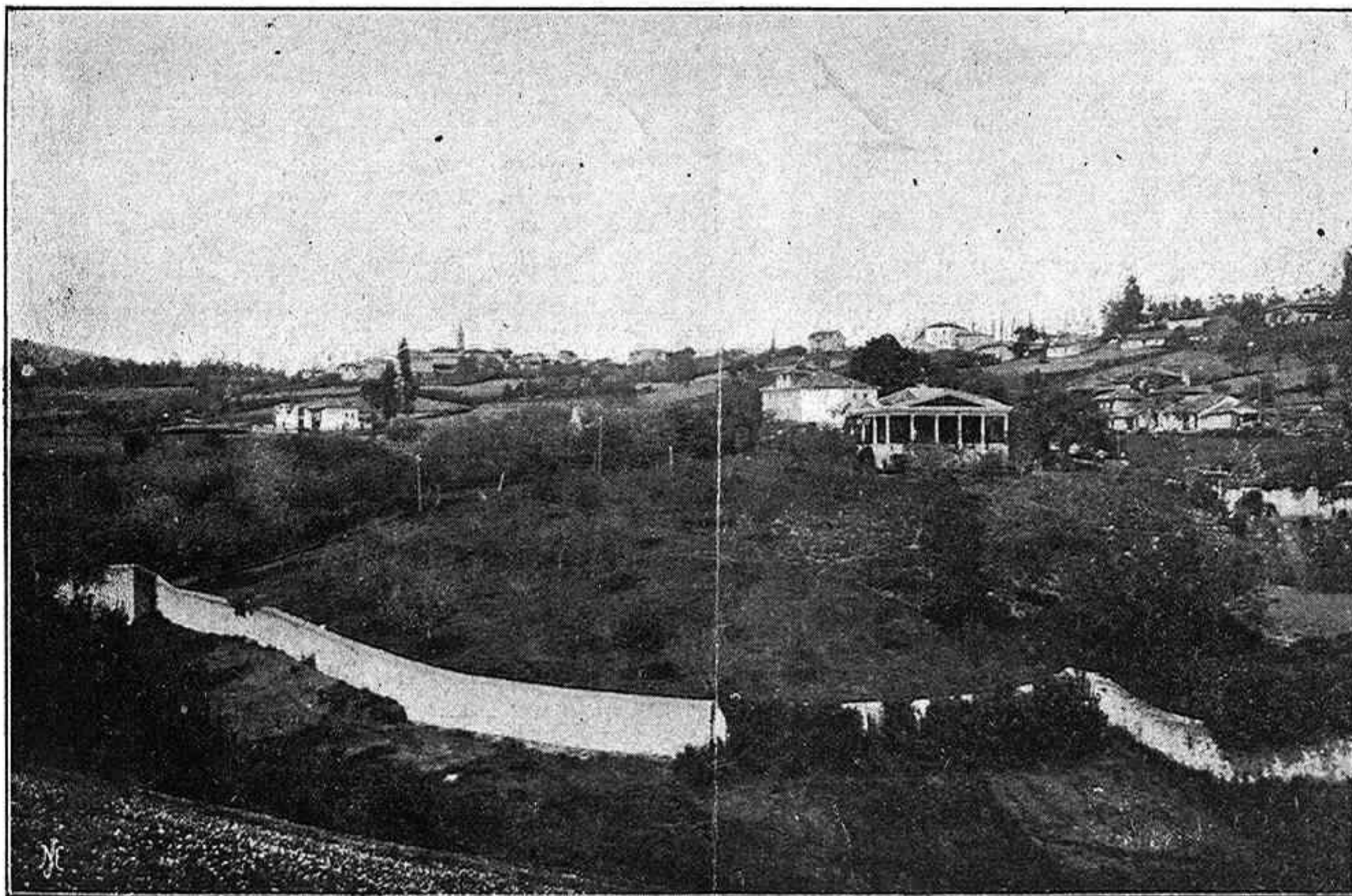
SE PUBLICA TODOS LOS MESES

SUMARIO

TEXTO:—Obispos Asturianos: Excmo. Sr. D. Fr. Ramón Martínez Vigil.—Avilés (continuación).—El gochu (poesía en bable) por Pepín Quevedo.—Asturianos de ayer: D. Mauuel Pedregal y Cañedo.—El Castillo de San Martín (continuación).—¡Pobres niños! (poesía) por Alberto Solís.—Asturianos en América: Excelentísimo Sr. D. Juan Antonio Bances.—Leyendas: Le fuente del Hada (poesía) por Ludeamaro.—Declaración (composición poética) por Eloy Noriega.—Un sabio español (semblanza) por Ricardo Becerro de Bengoa.—Las Estazadas (episodio histórico).—Los dos perros (poesía) por Vital Aza.—Retazos.—Sección provincial, y otros trabajos que no han llegado á tiempo para ser incluidos en este sumario.

GRABADOS:—Vista panorámica de Muros de Pravia.—Retrato del último Obispo que fué de Oviedo, Fr. Ramón Martínez Vigil.—Antiguo convento de la Merced, en Avilés.—Un altar de la Capilla del colegio de Pravia.—Grupo de profesores y alumnos del Colegio de San Luis, de Pravia.—La Colegiata de Pravia.—Iglesia de San Pedro de Gijón.—Retrato de D. Manuel Pedregal y Cañedo.—Mercado en Pola de Lena.—D. Juan Antonio Bances.—Alrededores del Nalón: Huelga de los Tamarindos.—Estatua de D. Manuel Pedregal en Grado.—Varios grabados de un nuevo aparato telefónico.—Playa de Aguilar en Muros.—La cena en la aldea.—Torre de la iglesia de Muros.—Calle de la Ribera en Cudillero.—En la playa.—Una fiesta en Mieres.

ASTURIAS PINTOESCA



Vista panorámica de Muros de Pravia

(Fot. de Martín)

OBISPOS ASTURIANOS

Ultmo. Sr. D. Fr. Ramón M. Vigil

HONRAMOS nuestra Revista publicando el retrato del sabio y virtuoso Prelado que acaba de bajar al sepulcro, llorado por todos los fieles de la Diócesis de Oviedo que regentaba desde el 1884.

Había nacido en Tiñana (Siero), era religioso de la Orden de Predicadores y pasó buena parte de su vida en Filipinas siendo catedrático de Filosofía y Teología en la Real y Pontificia Universidad de Manila

Fué Procurador General de su Corporación en las Cortes de Madrid y Roma y era Prelado Asistente al Solio Pontificio.

Ha escrito algunas obras científicas, siendo considerada como uno de sus mejores libros la *Historia Natural*, que sirve de texto en algunos centros de enseñanza.

Celebró dos sínodos diocesanos, asistió al Concilio provincial de Compostela, á los Congresos Católicos de Zaragoza, Tarragona y Burgos, y al Eucarístico de Valencia.

Fué cinco veces á Roma y acompañó dos numerosas peregrinaciones en los dos jubileos de Leon XIII.

Hizo el arreglo parroquial de la diócesis y formó y litografió el Mapa diocesano.

Restauró el Palacio Episcopal y adquirió la posesion de Somió.

Durante su permanencia al frente de la Diócesis, se levantaron los templos de Na-

via, Tremañes, Granda, Pola de Laviana, Grado, Sama de Langreo, Bustiello, Cota-riello, Cabañaquinta, Canal, Dego, Seroiro, Busdongo, Tapia, Venta, Montouto; los de San José, San Lorenzo, Jesuitas, Siervas de Jesús y Hermanitas, en Gijón; Santo Tomás, de Avilés; Carmelitas, Salesas y Sier-

vas, de Oviedo; el Nuevo Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino con su templo y posesion, etc., etc. Consagró gran parte de sus energías á terminar la Basílica de Covadonga y á la reforma interior de la catedral de Oviedo, trasladando el Coro al ábside y construyendo los púlpitos y el prebisterio con balaustrada de mármol.

Asistió dos veces al Senado y allí defendió el descanso dominical y las co-

munidades religiosas.

Promovió la organización de un Batallón de voluntarios que defendió en Cuba la integridad de la patria; tomó parte activa en la fundación de varias Juntas de Caridad de la Cocina Económica, etc., y débesele á él el beneficio de adquirir y traer del Tonquin los restos del protomartir asturiano D. Fray Melchor García Sampedro.

La prensa diaria ha publicado estensas biografías del P. Martínez Vigil.

El distinguido publicista D. Maximiliano Arboleya publica actualmente en *El Carbayón*, con el título «El P. Martínez Vigil en su vida íntima», un interesante trabajo.



AVILÉS

(Continuación)

CUANDO las fuerzas napoleónicas invadieron nuestra nación, destacóse también notablemente la épica figura de villa tan heroica y noble.

El general francés Ney ordenó que la columna de Margonet saliera de Oviedo para atacar á Avilés.



AVILÉS: Antiguo convento de la Merced.

Tuvieron los avilesinos noticia de la próxima visita de los invasores, salieron á su encuentro mal armados, acometiéronlos con furia, pero sin táctica ni organización... y fueron completamente destrozados por las numerosas y aguerridas tropas extranjeras.

Los franceses penetraron en la Villa, no sin antes sostener encarnizada lucha con otro puñado de valientes avilesinos en el puente de San Sebastián, posesionáronse del palacio de Camposagrado, donde emplazaron cañones, exigieron un tributo de 49.000 reales que pagaron Avilés, Illas y Castrillón, y trataron de subyugar al vecindario imponiéndose por el terror.

Pero los avilesinos hacían guerra sorda á los invasores, y á pesar de que alcaldes y jueces, intimidados por el general Kellerman, hacían esfuerzos para que las vidas de aquéllos fuesen respetadas, el vecindario se dedicaba á la *casa de franceses*, haciendo que éstos no pudieran salir á la calle sin grandes precauciones, y que en el 1811, tomasen la determinación de abandonar la villa.

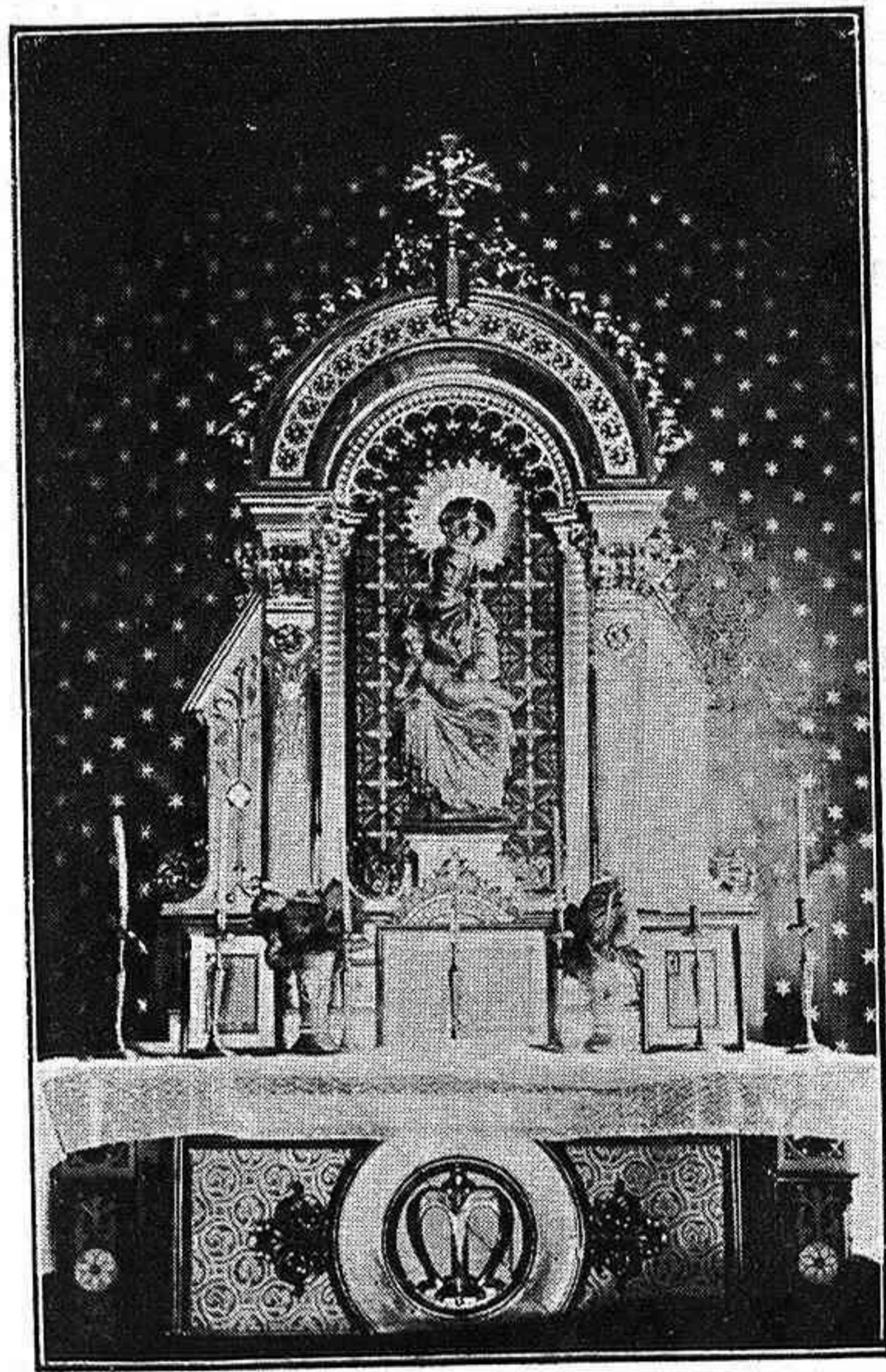
Luchó Avilés sin descanso por la causa de la independencia, regocijóse con la noticia del juramento de la Constitución de 1812, y celebró con festejos públicos en 1814 el regreso de Hernando el *Aclamado*, con cuyas disposiciones absolutistas no estuvo después conforme la mayoría de un pueblo amante de la política liberal.

Hubo, por espacio de algunos años, luchas intestinas entre constitucionales y realistas, dándose el caso que muchos significados liberales que formaban la milicia nacional en 1823, se vieran precisados á huír al extranjero, siendo «privado de sus honores y privilegios» el Marqués de Ferrera, presidente del Consejo de organización de dicha milicia.

La caída del poder absoluto fué celebrada con gran regocijo por el vecindario de Avilés y nombró al Marqués citado y á D. Francisco Sierra para que le representaran en la Junta general que se celebró para designar diputados á Cortes.

Sobrevino la guerra civil y la paz de la villa fué de nuevo perturbada.

Temiendo á los facciosos presentó la dimisión la Corporación Municipal, que presidida por don Galo de las Alas administraba los intereses procomunales en el 1835, nombrándose entonces una Junta de defensa, compuesta de los párracos de Avilés y Sabugo, varios militares de alta graduación, Caunedo)



Un altar en la capilla del colegio de Pravia

Valdés, Troncoso, González Arango) y los señores Miranda y Valdés Valsinde.

En Julio del año arriba citado, entró en la villa una partida carlista mandada por Don Bernardo A. Valdés, escribano de las Bárceñas, y marchó sin hacer daño, después de racionarse y apoderarse de las armas de los milicianos.

En Octubre del siguiente presentóse en la villa la columna del cabecilla Sanz, exigiendo la suma de 100.000 reales como contribución de guerra; pero la oportuna llegada de la división del general Alvarez obligó á los carlistas á abandonar el pueblo, no sin llevar prisioneros á los Sres. don Fernando Arias, D. Pedro M. Arcos y D. Juan C. Arango, los cuales fueron rescatados mediante la entrega de la suma referida.

Conserva Avilés edificios antiquísimos, muchos testigos de los hechos gloriosos y de los sucesos tristes en épocas tan lejanas ocurridos y con tanta ligereza reseñados.



PRAVIA: Grupo de profesores y alumnos del Colegio de San Luis

En la calle de la Herrería (hoy del Marqués del Pinar del Río) existe la llamada casa de los *Baragañas*, donde se dice que fué hospedado D. Pedro el Cruel, á su paso por la villa.

Llama dicho edificio la atención de los transeuntes por su puerta ojiva, sus ajimeces de doble arco dividido por columna bizantina, su cornisa adornada con rosetones, que corre á lo largo de la fachada y describe curvas concéntricas á los arcos de los ajimeces.

En Sabugo existe la iglesia de Santo Tomás, rodeada de ancho átrio, donde á principios de siglo celebraba sus reuniones el *Gremio de Marcantes*, presidido por sus *diputados*, para tratar

asuntos relacionados con la cofradía de su excelsa patrona la «Virgen de las Mareas.»

Es dicha iglesia «un bello monumento de las artes,» según frase de un eminente arqueólogo, y respecto á la época de su fundación, no están de acuerdo los distinguidos eruditos asturianos que de ella se ocuparon.

Algunos creen que fué edificado dicho templo á principios del siglo XII á expensas de la Reina doña Sancha. Entre los que sostienen esta opinión está el notable arqueólogo Sr. Fernández Guerra, quien dice que los tres bustos tallados en uno de los capiteles de la puerta principal, son retratos de la citada Reina y de los dos obispos que consagraron la iglesia. Otros opinan que se erigió dicho monumento en el siglo XIII.

D. Fortunato de Selgas, en su viaje histórico y arqueológico *De Avilés á Cudillero*, dice que no existe ningún documento en que conste haber sido levantada la iglesia de Santo Tomás en el siglo XII, y que no puede existir, puesto que la arquitectura á que pertenece es la románica de transición empleada dos siglos después.

El capitel á que se refiere el señor Guerra, dice el señor de Selgas, «le »forma un tambor »circular en la parte »inferior y cuadrado en su unión con »el ábaco, agrupándose alrededor de »él, no tres cabezas, »sinó cinco, todas »iguales, al parecer »femeniles, con trenzas orillando la »frente y los lados »y cubierta cada una »con su caperuza

»triangular, algo parecida á las monteras asturianas.»

«Aquellas simétricas cabezas toscamente esculpidas, rígidas é inmóviles, no tienen símbolo alguno que demuestre ser de reinas y obispos; son simplemente mascarones, elemento decorativo muy usado entonces para exornar capiteles, ménsulas y los canecillos que sostienen tejares.»

Al final de la calle del Marqués de Pinar del Río, en elevada plazoleta, existe bastante bien conservada aún la iglesia de *San Nicolás*, cuya severa espadaña se alza sobre los modernos edificios que la rodean, como si pretendiera contemplar el magnífico Parque; las importantes fábricas y

todo cuanto hoy contribuye á la prosperidad y embellecimiento de Avilés.

Hace siglos lamía la ría los muros de dicho templo, y esta circunstancia hizo que en más de una ocasión sirviera éste á los guerreros avilesinos, de baluarte para defender la villa de los ataques de los piratas.

Fué dicho edificio construído también en el siglo XIII, y, al decir de persona competente en esta clase de estudios, su arquitectura es «del paso del arte bizantino al gótico.» Tiene hermosa portada de cuatro arcos ojivos, sostenidos por columnas bizantinas, y ostenta sobre aquélla, preciosa ventana del mismo orden arquitectónico.

Hay en dicha iglesia varios sepulcros de personas notables que brillaron en la villa, siendo el más digno de mención el que encierra los restos del Adelantado Pedro Menéndez, de quien hablaremos más adelante.

La iglesia de *San Francisco* es otro notable monumento, si bien más moderno que los ya citados. Formó parte de un monasterio de franciscanos, que fué habitado por monjas muchos años después.

Suponen algunos historiadores que fué dicho convento el de *Samos*, al que se retiró el rey don Alfonso el Casto.

Otros opinan que es el fundado por *Juan Compter* en el siglo XIII, y que se llamó de San Francisco del Monte, porque estuvo rodeado de monte por espacio de tres siglos.

Sábase que un terremoto derribó en el 1522 gran parte de tan soberbio edificio, y que se reedificó después; pero consérvase su primitiva fábrica, la hermosa portada de arcos apuntados y columnas bizantinas con capiteles de follaje y figuras talladas en las ménsulas.

La Casa Consistorial ó Ayuntamiento fué comenzada en el 1670 sobre las murallas y celebróse la primer sesión el 22 de Abril de 1677.

Es aquel un Palacio de elegante aspecto con amplio pórtico de arcos, sobre los que se apoyan balcones flanqueados por airoas pilastras.

El *Convento de la Merced*, derruído hace poco tiempo, edificóse por los frailes mercenarios á fines del siglo XVII, gracias al desprendimiento del primer Marqués de Camposagrado.

El magnífico palacio de este nombre, construído en el siglo XVII, llama hoy la atención de cuantos transitan por la calle de San Bernardo, por la riqueza de su ornamentación.

Y la casa de *los Ferreras*, levantada en la Plaza Constitucional, hácese notar también por su severo aspecto.

Los avilesinos fueron industriosos desde los tiempos más remotos. Ya los *zoelas* se dedicaron á la fabricación de finas telas de lino que exportaban para Roma y otras ciudades.

Después desarrolláronse la fabricación de vasijas de barro, que aún existe en Miranda, y de objetos de cobre que hasta hace poco se construían en Corvera.

En el siglo pasado y gran parte del presente, fué de gran importancia la construcción naval, de cuya industria vivían numerosas familias.

Allí se hacían buques destinados al servicio del Rey y á los viajes de las Américas.

Muchos de nuestros lectores se acordarán de la «Eusebia,» «La Villa de Avilés» y otros buques de vela en que fueron á las Antillas muchos jóvenes emigrantes que hoy son opulentos capitalistas en diferentes pueblos de la provincia.

La industria de la calderería fué muy impor-



PRAVIA: La Colegiata.

tante hace dos siglos, llegando á pagar entre los vecinos de Vidriero y Miranda seis mil maravedís por el cupo de alcabala, *siendo entonces libre el oficio de calderero.*

Algún tiempo después se prohibió que trabajasen de dicho oficio los que no hubieran sufrido examen y exhibieran *título de Calderero, expedido por el Corregidor de León.*

La industria pesquera fué de importancia en todos los tiempos, pero muy especialmente á principios del pasado siglo.

En dicha época sacaba el Ayuntamiento á remate el abasto de *cestas* que se empleaban para llevar el pescado fuera del pueblo, y de la *nieve* que se usaba para la conservación de aquél, obteniendo así el Municipio buenos ingresos.

(Se continuará)



El gochu

I

Co los güeyinos en baxo
 Y el rabu enroscao pa riba,
 Pata curtia, oreya llarga,
 Focicu qu' escandalicia,
 Compasau e nel su andar
 Como aquel que non tien prisa,
 Urniando daquelles veces
 Como pa dar fé de vida,
 Esti ye 'l gochu,... ó el cerdo,
 Pa falar con más pulítica;
 Animal poco 'stimao
 De la xente de la villa,
 Y qu' é, sacando la res,
 Lo más bono que Dios cría.
 Llámenlo dalgunos puerco,
 Pero 'n sin facei xusticia;
 Llámenlo dotros marranu
 Insultando á la familia,
 Y cochino, y chino y chin,
 Como si viniés de China,
 Y gorín, y cocho y cerdo;
 Y pa más mofla entovia,
 «Animal d' oreya llarga,
 De los que abaxen la vista.»
 De modo y manera que
 Cada quisque..... ó cada quisca,
 (Según sea home ó muyer)
 A su modo lo bautiza,
 Y hay pa fer un calendario
 De la grandor d' una esquirpia,
 (Pero en sin fiesta denguna
 Nin por mover nin movida)
 Co los nomes q' á los gochos
 Yus dan ,naquesta provincia,
 Pos son más que los d' Osuna
 Echando ya po la mínima.

II

El cerdo y' escropuloso;
 Y si da cuando reblinca
 Po 'l morgazu y l' agua puerca,
 Y allí rústrese y esnidia,
 Ye motivao na calor
 Que fa-i guerra continua,
 Pe l' amor de les untaces
 Que-i tapen la carne viva;
 Pos él, de su natural,
 Maldito si tien envidia
 Nin al vecin más decente
 Ni á denguna señorita.
 Tocantes á la pacencia,
 Nin Jó nin Já tenin plizea
 En comparanza con él;
 Y é na falta de malicia
 Y é no de ser bien mandao,
 Asemeya una monxina.
 Si lo lleven á nadase,
 Aunque té l' agua bien frígida
 Entra p' l' río pa dientro
 Co 'l carauter d' un' anguila;
 Y en tirandoi cuatro piedras,
 Sal que gufa pa la urilla.
 Tiénlu la xente por bobo,
 Pero 'n mialma ye mentira;
 Y consiste l' enquivoco
 En que non tien picardía.

La preba de quo ye agudo
 Como la xana más lista,
 Y que sab' espicular,
 Voy dávosla de seguida:
 Tando yo de guarnición
 Na gran ciuda de Sevilla,
 Fuime á vé los caballitos
 Que yeren cosa manífica.
 Salió á l' último el graciosu
 D' aquella gran compañía
 Amontao 'nun gochu negro,
 Que yera murir de risa.
 Al llegar al punto céntlico
 Fizo la gran cortesía,
 Y el gochu, que tá enseño,
 Abaxó tamién la vista.
 Desamontóse el giniasta,
 Apaño una tabliquina,
 Y fizo blincar al gochu
 Muchas veces por enriba.
 Dispués, poniéndolo 'n cuellu.
 Como á una criaturina,
 A talagólo y besólo
 Llamándolo «la su vida»;
 Y á todo esto el probe gochu
 Sin faltar á la consinia
 Urniando muy selemente
 Com' una prersona fina.
 Dispués tiró un cañonazo
 Co nun cañonin de cría,
 Y fizo tantes veyures
 Po 'l ámbito de la pistia,
 Que la sociedá per tocha
 De la gracia que-i facía
 Púnxose á palmiar acérrima
 Arreventando de risa.
 El que haiga corrió el mundo
 Como yo, más q' una evispora,
 Toy bien seguro que vió
 Fonción tan preferolítica.

III

¿Qué-i echen en cara 'l gochu?
 ¿Qué ye fartón?... ¡Ay María!
 ¿Pero qué remedio tien
 Pa la su fame canina
 Co 'naquella canilada
 Que cua: i i ruempe l' ancia?
 Tien cuarenta y cuatro güesos
 Metá 'n baxo, metá 'n riba,
 Y cuando Dios i lus dió
 Y aquella Virgen Santísima,
 Pa folgar non había ser;
 La cosa ye bien sencilla.
 Por eso, n' una apurada,
 El gochu come moñica,
 Trapos, estiellles, tarucos,
 Esclementos.... lo que pinta,
 Y si da cuando se-i terciá,
 Una criatura viva
 Sabei á él muncho bien,
 Y rúcala de seguida,
 Sea mora ó sea cristiana,
 Como ella te tierniquina.
 En fin, pa que vus plasmeis,
 El gochu come la cría
 Si á mano bien; ye verdá
 Que la gocha tien barriga
 Pa dieciocho ñaciones,
 Y hasta vente si se-i igua;
 Y non ye nada d' estraño
 Teniendo tanta familia,
 Q' amagoste tres ó cuatro
 Gochos, si la fame i pica.

IV

Ahora vien la propiedá
 D' esti animal más manífica,
 Y ye les clases de carnes
 De que voy facé la lista,
 Co lo demás que s' agrega
 Y qu, en jamás s' espedicia;
 Del gochu sal el tocín,
 Sin él que non hay comida
 Regular; dispués la grasa,
 El alma de la cocina.
 Siguen detrás el adobo,
 Qu' en mialna ye cosa rica;
 El llacón y el rabadal,
 Que dexen la boca nidia;
 Les pates, rabo y oreyes
 Que desfayen la borrina
 Del estómago; el jamón,
 La parte más esquisita,
 Y la que sabe más bien
 De cuanta carne Dios cría
 Igual que na madre tierra
 Nel aire y ne la marisca.
 Pa 'l que carezca del pecho
 Non hay meior melecina,
 Y pónse guapo y rebusto
 Y mata la su morriña.
 Pa 'l sogeto atristayau
 Porque tien la moza tivia,
 O malpariói una res,
 O dueli munchu la crisma,
 El jamón ye propiamente
 Como mano de santina.
 El caldo que d' él se fai
 Los defuntos resocita,
 Y pa 'l que sal d' una fiébere
 Ye lo que más bien i pinta.
 El jamón ye munchu cuento;
 Y si la mosca lu pica,
 Disgracia mayor non entra
 E' nel sén d' una familia.....

 ¿Pero dónde dexo yo
 La morciella pelegrina
 Q' arresciende de mil legües,
 Y que fai tan bona liga
 Co la faba y co la berza,
 Siendo del pote la vida?
 Pos ella faise del gochu
 Igual que la llonganiza,
 Pritiendo d' aquí y d' allá
 E na prupurción debia.

Los chorizos que, curando,
 Tantu adornen la cocina,
 Enrristraos n' unos cordeles
 De trenta y cuarenta 'n ring'a
 Como sar.es de coral;
 L' aponderada salchicha,
 Que con güevos ó sin ellos
 Bien po 'l gazzate s' enfila,
 Todo remanez del gochu;
 Y hasta la serda que pincha
 Y paé que non val nada,
 Pa dellos usos s' aplica;
 Pos d' ella faise cordel
 En Santiago de Galicia,
 Y cepillos que la ropa
 Dexen de polvo 'n sin plizea.
 En fin, y pa non causar,
 Esos yanckes de la quina
 Que tienen tantu diuero
 (Aunque crianza nin miga)
 Débenlo al trato del gochu,
 Que tá allí 'n primera línea.

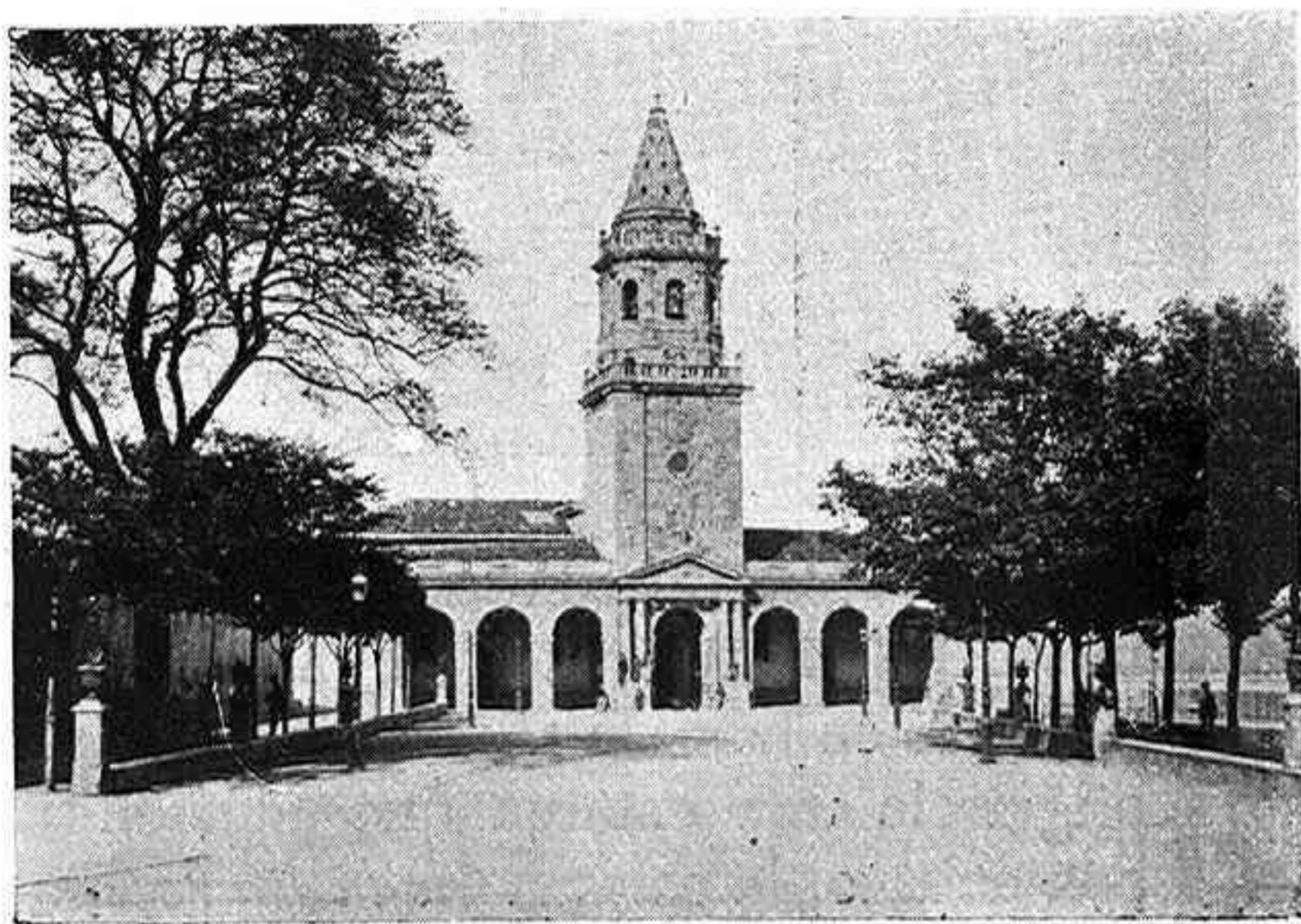
V

¡Hay, animalín de Dios!
 Quien te dispresia m' irrita;
 Y si non juera pecao
 Fincara yo la rodía,
 Y abazando l' tu piscuezo
 Co 'nel alma amorosina,
 Nel focieu te besara
 Como á palomba efetiva;
 Y pulgárate castañes,
 Flotárate na barriga
 Y nel llombu y la sobarba;
 Por que non t' escropuliza
 El que tantu se rellambe
 En teniéndote á la vista,
 Bien sea abierro 'n canal
 (Del Samartino la víctima)
 O bien e' nunna llacuada
 Con güen remoyo de sidra.

VI

Y non digo más del gochu,
 Porque ya la re afila
 De ringlones va algamar
 A les muralles de China,
 Y la gaita que yo toco
 En miániques se desinfla.

PEPÍN QUEVEDO



Iglesia de San Pedro de Gijón.

Esta iglesia, que á pesar de su antigüedad, reúne todas las condiciones de comodidad y construcción que los templos requieren, es la más frecuentada por los fieles de la industriosa villa gijonesa, que no olvidan que en la parroquial de San Pedro fueron bautizados sus más ilustres y admirados convecinos.

Aparte de esto, el templo que hoy exponemos conserva su historia, la cual, Dios mediante, acaso no tardando en estas columnas relataremos.

ASTURIANOS DE AYER

D. Manuel Pedregal y Cañedo

No necesitamos molestarnos buscando datos biográficos.

Todos sabemos que nació en la riente villa de Grado, que perteneció á una familia humilde, que mostró desde la infancia gran

el maestro D. Juan Antonio Suárez y latitud con el dómine Sierra,—donde se licencio en Leyes con notable aprovechamiento.

Abrió bufete en la capital y fué muy pronto uno de los primeros abogados de la provincia.

Hijo del pueblo, defendió siempre sus derechos y empuñó las armas para defender la libertad en el 1854, siendo Sargento de la *Milicia Nacional de Grado*.

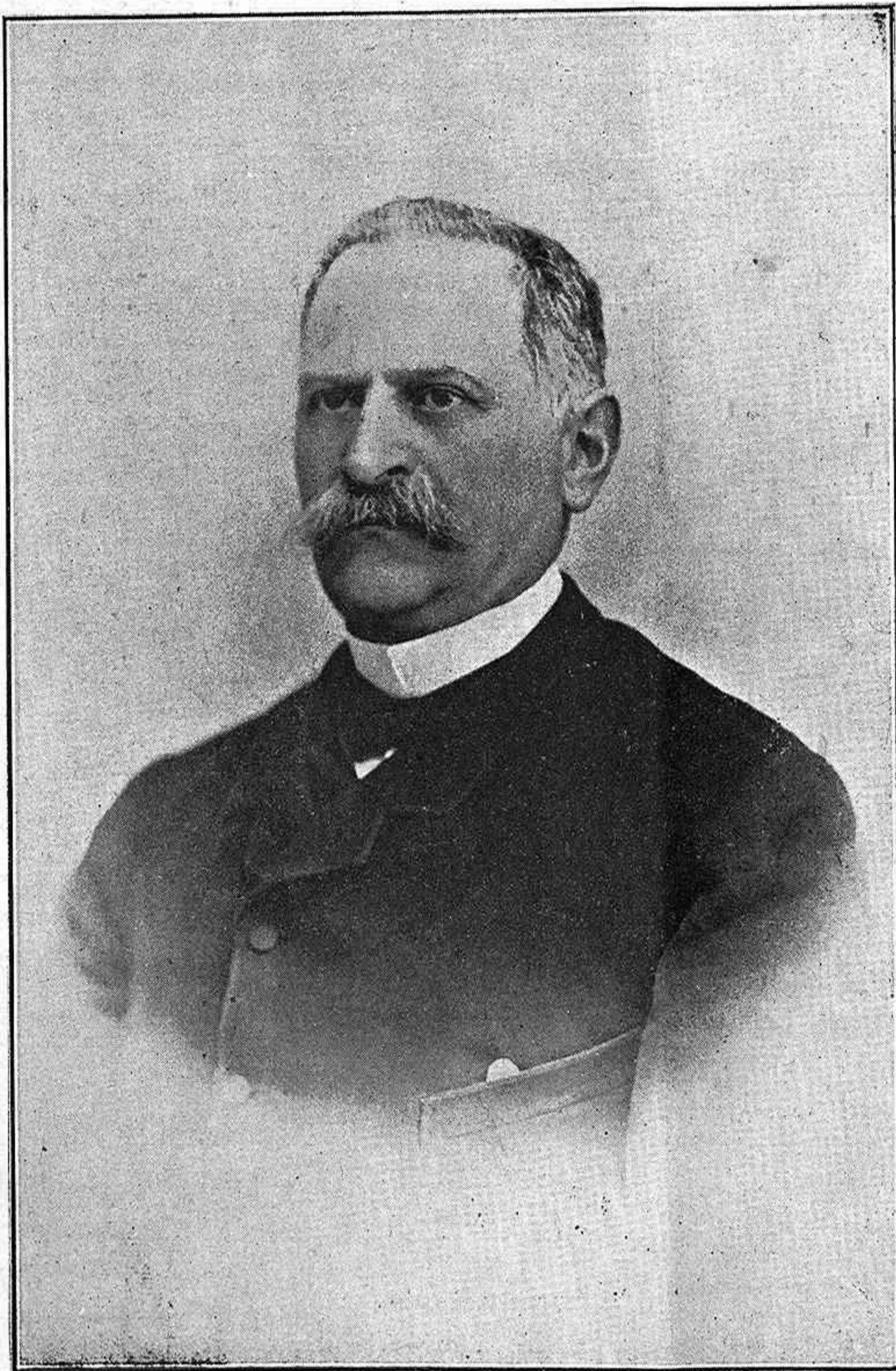
Fué más tarde en Oviedo uno de los fundadores del *Partido democrático de Asturias*, y tomó parte muy activa en la revolución del 68.

Durante el Gobierno de la República fué Gobernador de Coruña, diputado á Cortes por Gijón y por Oviedo, ministro de Hacienda... Sus discursos en el Parlamento, en el Ateneo, en los *meetings*, colocáronle á la altura de nuestros primeros oradores. Sus disposiciones en el ministerio diéronle fama de economista ilustre, de sociólogo insigne.

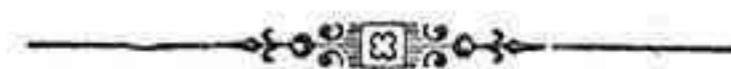
Los actos todos de su vida acreditaronle de político consecuente, de integérrimo ciudadano. Cuando el *golpe de Pavía* puso fin al Gobierno de la República, Pedregal continuó trabajando con fama de uno de los

mejores jurisconsultos de Madrid.

Murió en Julio de 1896 y un año después erigíasele una estatua que alguien llamó con acierto, la estatua *de la honradez*.



afición al estudio y que, merced al esfuerzo de su madre D.^a Josefa Cañedo, mujer enérgica y de clara inteligencia, que conocía lo que valía su hijo, pudo mandarle á Oviedo, — después de estudiar primeras letras con



El Castillo de San Martín

(Continuación)

—¡Una venganza justa, cuando es la víctima un niño que acaba de nacer! ¡En verdad, que son dignas las venganzas de los caballeros! ¡Oh! Pedro Jiménez, que luchando frente á frente con hombres fuertes y denodados que querían robarle su libertad, se cebó mil veces en su sangre, sintióse conmovido por el llanto de esa criatura que íbais á sacrificar bárbaramente..... Pedro Jiménez, á quien llamais el capitán de bandidos, con voz que sería desdeñosa si el miedo no se lo impidiera, os demanda la causa de lo que llamais justa venganza..... Otra vez os lo dice: ¡Por qué quereis matar á ese niño?

—Pues bien, voy á decíroslo: una mujer á quien di mi nombre y á quien había fiado mi honor ha manchado

ermita, volvió á ella silenciosamente y oculto tras de un árbol pudo observar al caballero, que con los brazos cruzados parecía sumido en honda meditación, y que exclamaba con voz entrecortada por la rabia:

¡Oh infame ladrón! Bien conozco tu designio; un día me amenazarás; con la presencia de ese niño que robas á mi furor..... pero.... yo te juro que no te dejaré vivir hasta entonces.

Después de pronunciar estas palabras se dirigió al centro del pórtico, y sin mostrar por la mujer que en él yacía el menor sentimiento de compasión, la cojió en sus brazos y montó con ella en su fuerte cabalgadura.

Pedro Jiménez hizo un movimiento para precipitarse



Mercado en Pola de Lena

el primero y ha arrastrado por el suelo el segundo; fruto este niño de sus ilícitos amores debe morir para ocultar mi deshonra: ¿osaréis ahora oponeros á su muerte?

Sí, me opondré á vuestra bárbara venganza, pero al hacerlo pondré á salvo vuestro honor.

Dadme ese niño, y nadie más que vos y yo sabrá en el mundo su existencia.

—¿Y quién me garantiza de vuestra palabra?

—¿Y para qué deseais garantía? ¿Qué interés creéis que puede moverme? He resuelto salvar este niño y ¡soldad! ó ¡vive Dios! os hundo mi puñal en el corazón.

La voz del bandido mostraba tan bien lo capaz que era de cumplir su promesa, que don Martín le abandonó el recién nacido que parecía exánime á causa del frío. Arropóle cuidadosamente con su gabán de pieles, y se alejó echando una mirada de piedad á la infeliz madre que se encontraba sumida en un angustioso paroxismo.

Después que se separó como unos veinte pasos de la

sobre él, pero luego se detuvo; abrigó con interés al niño que llevaba en sus brazos, y echó á andar en dirección opuesta á la que llevaba don Martín.

III

En ninguna parte de España se hizo sentir tanto como en Asturias la opresión del feudalismo, opresión que aunque no completamente sancionada por el derecho, era en realidad tan terrible como en cualquiera de las naciones donde más tenazmente ha dominado.

Los caballeros, separados casi siempre entre sí por sus eternas rivalidades, odiados y temidos de los pecheros por sus arbitrariedades é injusticias, eran una especie de bandidos que sólo salían de sus guaridas para deshonrar las doncellas, saquear y algunas veces quemar las villas que no se doblegaban á sus caprichos, y robar en los caminos públicos, rivalizando en crímenes con los mayores foragidos.

D. Martín Peláez, poseedor del castillo de San Martín de las Arenas, fué uno de los señores que más se distinguieron por sus fechorías y crueldades.

Dominando desde su fortaleza todos los pueblos vecinos, parecía en su elevada morada el buitre que está acechando y esperando el momento de arrojar sobre su presa.

Por espacio de quince años sostuvo la más encarnizada lucha con una tropa de bandidos que vagaba por la comarca, y cuyo jefe era nuestro antiguo conocido Pedro Jiménez.

Era aquella una guerra encarnizada, donde á cada crimen sucedía una venganza y á cada venganza otra más terrible aún.

Pero á pesar de sus obstinados esfuerzos, á pesar de haber puesto á precio las cabezas de todos los bandidos, el valor y la destreza de aquellos hombres inutilizaban los esfuerzos del que tanto anhelaba su completo exterminio.

No se infiera de esto que el noble caballero obraba así, movido por un impulso generoso en favor de los pueblos que estaban expuestos á las correrías de Pedro Jiménez; porque á decir verdad, las suyas eran aún más terribles para los pueblos.

Nuestros lectores recordarán la noche en que el bandido impidió al noble señor la perpetración de un infanticidio; y recordarán también que éste se había prometido la muerte del que así se oponía á su voluntad.

Agotados cuantos recursos le sugiera su imaginación para cumplir su objeto, apeló por fin á la formación de una liga, en la que entraban todos los caballeros de los alrededores, con objeto de concluir de una vez con la partida.

Tal era el estado de las cosas diez y seis años después de la noche en que, de tan extraña manera presentamos á nuestros lectores el jefe de los bandidos y el señor del castillo de San Martín.

IV

Los últimos rayos del sol bañaban la ermita del Amparo cuando llegaba á ella nuestro antiguo conocido Pedro Jiménez.

Su rostro reflejaba lo mismo que cuando le vimos por

vez primera, esa dureza de carácter tan propia de los hombres que viven alejados de la sociedad: su elevada talla no se doblegara aún al peso de los años, y éstos parecían no haber pisado á su paso aquella constitución de bronce.

Al llegar á la ermita, echó en torno suyo una mirada investigadora, y viéndose completamente sólo, llevó á la boca un pequeño silbato de cuerno que produjo un agudo sonido.

Un momento después su señal fué contestada del mismo modo.

Satisfecho, al parecer, se cruzó de brazos en la actitud del hombre que espera.

Paseó los ojos con indiferencia por el paisaje que desde allí se descubría, y por fin los detuvo en el castillo de San Martín, que se alzaba junto al mar como un centinela de aquella comarca.

Había en aquella mirada un no se qué que reflejaba una terrible amenaza.

Una sonrisa que cruzó por sus labios, sonrisa indefinible, desdeñosa y sarcástica á la vez, era una amarga mezcla de hiel, furor y desprecio.

Insensiblemente se fué sumiendo en una profunda meditación, de la que vino á sacarle un jóven, que, sin que él lo sintiera, había venido á colocarse á sus espaldas y sorprendido la expresiva mirada que dirigiera al castillo.

Este joven, casi un niño todavía, de apuesta y simpática figura, demostraba en todas sus formas una fuerza y vigor impropios de su edad, sin que esto perjudicase en nada á la delicadeza y armonía que reinaba en sus graciosas facciones. Sus pardos y rasgados ojos serían dulces á no estar coronados por espesa y negra ceja que daba á su semblante cierta expresión de audacia: su nariz un poco afilada denotaba atrevimiento, y su conjunto sería acaso duro á no estar templado por una casi infantil sonrisa. Añádase á esto un bozo ya naciente, y una espesa cabellera oscura, larga y rizada.

—Capitán, dijo después de haber esperado un momento á que éste saliese de su ensimismamiento; he cumplido vuestro encargo: avisé á toda la gente y dentro de un poco estará reunida aquí.

(Continuará)

¡POBRES NIÑOS!

Pobres niños que sufren
las duras injusticias
que á veces aconsejan
la ira ó el rencor;
pobres niños que ansiando
halagos y caricias
hallais almas crueles
en vuestro rededor.

Hambrientos y extenuados
al trabajo os entregan,
faltando así energías
al cuerpo en el crecer;
y luego á cambio de eso
la educación os niegan....
¡sobran filosofías
al que ha de padecer!

Ni caridad, ni ciencia,
nada de eso os defiende
contra esa ley tirana
llamada selección;
y es claro, al que así lucha
de blanduras no entiende:
no le pidais cariño,
no imploreis su perdón.

Es la flor fina y suave
si se la cuida y mima,
la inclemencia del tiempo
tan sólo cardos dá;
al corazón del niño
igual principio anima,
si con furor se trata
dureza adquirirá.

Avilés, 1904.

ALBERTO SOLÍS

ASTURIANOS EN AMÉRICA

Excmo. Sr. D. Juan Antonio Bances

PUBLICAMOS hoy el retrato del Sr. Bances, que su familia nos ha facilitado, en la imposibilidad de conseguir uno más reciente, deseo nuestro que se estrelló contra las cortesías evasivas del Sr. Bances, refractario á toda exhibición.

Nació en San Román de Candamo y fué de muy niño á Cuba al lado de sus hermanos D. José y D. Manuel (q. e. p. d.), ya establecidos entonces en la Habana.

Español entusiasta sentó plaza en el cuerpo de Milicias, porque al llegar á Cuba resonó en sus oídos el grito de «¡muera España!» Al crearse años más tarde el Instituto de Voluntarios, el Capitán General solicitó del Sr. Bances que organizase un cuerpo de Caballería, y la contestación de nuestro paisano fué pedir por telégrafo á su costa, á los Estados-Unidos, equipo y armamento completos, y ofrecer poco después al Gobierno el brillante Escuadrón de Húsares, que mandó durante algunos años, como Coronel. Bien á pesar suyo y de sus subordinados, tuvo que abandonarlo, para tomar el mando del batallón de Ingenieros, á cuyo frente estuvo veintitantos años, hasta la pérdida de nuestra Soberanía. A ruegos del Capitán General se encargó el Sr. Bances de reorganizarlo, y lo consiguió en muy poco tiempo, eliminando de sus filas desde los cabos hasta el Teniente Coronel, adquiriendo después el batallón de Ingenieros fama de ser uno de los más ordenados y disciplinados del Instituto de Voluntarios. Se dió el caso, durante el bloqueo, de presentarse unánime y en correcta formación, con su Coronel al frente, á los pocos minutos de sonar el cañonazo de alarma.

En los últimos y tristísimos días de nuestra Soberanía en Cuba, reunió el General Blanco á los Coroneles de Voluntarios para notificarles la necesidad de desistir de toda resistencia, y el señor Bances, como decano, contestó emocionado y emocionando á todos, que aceptaba con dolorosa resolución, pues á su juicio no debiera entregarse la Isla, sinó que defendiéndola con las armas, quedasen vencidos los insurrectos ó enterrados los españoles.

Leal amigo del general Jiménez Castellanos, á su lado estuvo en el inolvidable acto de la entrega del mando á los americanos y le acompañó después á bordo, despidiéndole con un fuerte abrazo,

sin permitirles la gran emoción que sentían ambos pronunciar ni una palabra.

No fué de los sorprendidos con el desastre colonial. Viendo de cerca la política y la administración de España en Cuba, anunció muchos años antes lo que había de suceder. En cartas que sus deudos y amigos conservan, dijo repetidas veces: «Por este camino es imposible seguir. Si España no cambia aquí de hombres y de procedimientos, los Estados-Unidos cogerán al fin la presa que



tanto desean y Cuba se perderá y por ende Puerto-Rico y Filipinas.»

Los hechos, desgraciadamente, le han dado la razón, y tan fuerte ha sido la impresión que el bochornoso desastre le produjo, que desde entonces el Sr. Bances, hombre de naturaleza de hierro y de grandes energías, no ha vuelto á levantar cabeza, como vulgarmente se dice, y su salud ha decaído visiblemente.

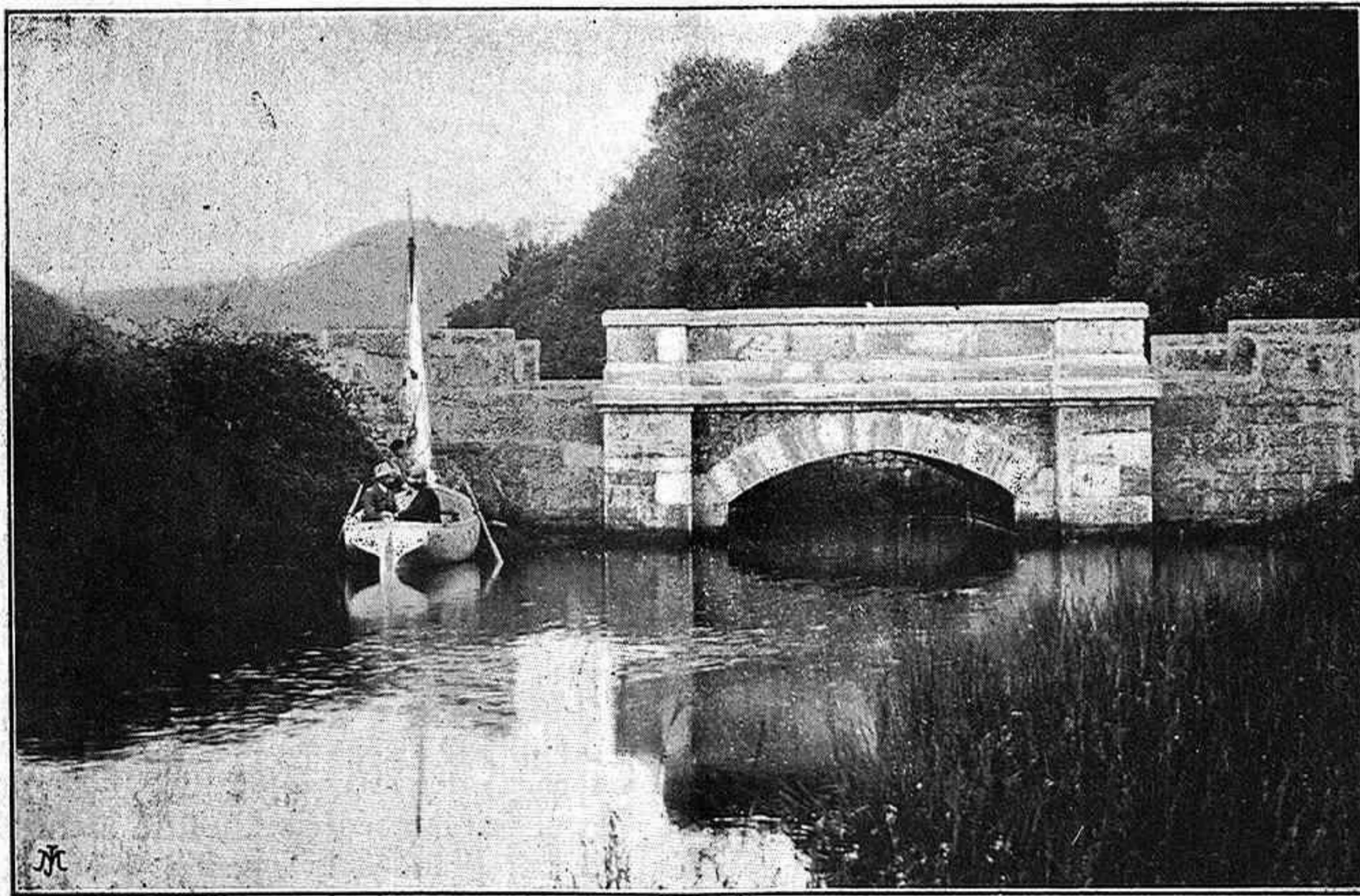
Sin embargo, no ha desertado de su puesto. Otros, por temor ó por conveniencia, abandonaron la Isla de Cuba, y algunos hasta en los momentos de mayor peligro. El defendió hasta la última hora la causa de España, y perdida nuestra Soberanía en Cuba permaneció y permanece sin hacer coro á los españoles cubanizados, y respetado y querido por los hijos del país, que saben apreciar el patriotismo de que el Sr. Bances ha dado siempre relevantes pruebas. Para hacerlo ver no ha perdido nunca ocasión, ni antes ni ahora. Quizá por esto mismo merece la consideración y el respeto de los cubanos.

Esa es la cualidad principal y característica del Sr. Bances: la de buen español; la de vivir siempre abrazado con entusiasmo á su bandera.

Como hombre de negocios nada podemos decir que ya no sepan todos los que en América, en España y en las principales plazas de Europa, á negocios se dedican. Su reputada casa de Banca es la más antigua de la Habana; su firma una de las más respetables: industrial, fabricante, propietario, accionista principal de importantes empresas, todo lo abarca su actividad extraordinaria, ayudado por una clara inteligencia y larga y provechosa práctica.—Y si por su llaneza y su modestia no le enorgullece la respetable fortuna que posee, sabemos los que conocemos bien su historia, que le cabe una gran satisfacción que no á todos los privilegiados de la suerte alcanza: la de haber adquirido su capital *á pulso*, con honradez intachable, con una laboriosidad á toda prueba.

Alejado de Asturias, no se olvidó nunca de su tierra natal, comenzando por recordar tan perfectamente el bable, que no le darían lecciones ni aún los aldeanos que lo hablan á diario. Colmó de beneficios á su pueblo, á San Román, y la magnífica Escuela que á sus espensas se construyó allí, hace ya bastantes años y la total restauración de la iglesia parroquial, harán que sus paisanos le recuerden siempre con gratitud. Ultimamente mandó edificar una hermosa iglesia-panteón en Valdemora, coto abandonado y yermo que convirtió en un rico y productivo pueblo su venerable hermano D. Manuel, que fué en toda esta comarca tan querido. Allí, con los restos de su otro hermano D. Francisco, se guardan los restos de la Excm. Sra. D.^a Angela Senmanat, esposa del señor Bances, distinguidísima dama en quien se hermanaban la virtud, el talento y el trato esquisito y simpático de la educación más esmerada. Tuvimos el honor de conocerla, así como al señor Bances, en el verano de 1884, cuando vinieron á Pravia para apadrinar á su sobrina María Ignacia, en su matrimonio con nuestro querido amigo D. Ramón Prieto.

El Sr. Bances no ha vuelto á Asturias desde entonces. Ha perdido después á la que fué su virtuosísima compañera y aquí también á seres para él muy queridos. Conocemos sus sentimientos y tenemos la seguridad de que estos venerados restos hablarán muy intensamente á su corazón y ellos podrán más para atraer al ausente que las alegrías que aquí le esperaban en días más felices.



Alrededores del Nalón.—Huelga de los Tamarindos.—Fot. de Martin

LEYENDAS

La fuente del Hada

Para la bellísima Srta. MARGARITA
de HERRERO, de Córdoba.

Tú, que sabes de Asturias la historia,
y el valor y la fé y la belleza,
las canciones escucha do late
de Asturias la alteza.
Sus leyendas las forja y esconde
la gente aldeana
en un río, en un cerro, en un valle
y en una fontana.
Y por eso mi afán las descubre,
las oye y las siente
en el cerro y el valle y el río
y el bosque y la fuente.
Y verás como vibra de Asturias
el alma anticuada
en el canto que nombra mi pueblo
«La fuente del hada.»

I

Yera un angel la fermosa
un angel en cuerpo y alma
sujeto al perverso yugo
de una perversa madrastra.
Y de Ruy Pérez la niña
hallábase namorada,
y de Ruy Pérez la madre
también namorada estaba.
Y el mancebo de hinojos
á Margarita adoraba,
y ella era quien sus amores
y su corazón llenaba.
Y sabiéndolo, la madre,
sabiéndolo, lo callaba,
y á la niña del mancebo
díjole así una vegada:
—Niña, la niña fermosa,
la de dulcísima fabla,
vaya á la fuente esta noche,
y vuelva un cántaro de agua.
Yera una noche de invierno,
do el frío jugueteaba,
do la nieve se torcía,
do los vientos restallaban.
Yera aquel punto la hora
en que el mancebo llegaba,
lleno de amores el pecho
y de ternuras la fabla.
Mandáraselo la madre
por si el frío la matara,
si la nieve la cubriera
si los vientos la arrastraran.
Mandáraselo la madre
por si el mancebo llegaba,
que la madre de Ruy Pérez
hallábase namorada.
Y alejábase la niña
camino de la fontana,
cantando con los sus labios,
cantando con la su alma:
—¡Ay! ¡un galán de esta villa!
¡Ay! ¡un galán de esta casa,

ferióme el alma de amores
y la ferida me mata;
pero magüer que me acabe,
curar non quiero curalla,
ca he cuita que con la cara
los amores me robaran....
Y la madre que la oía,
mandaba al frío matarla,
y abscondérsela á la nieve,
y á los vientos arrastrarla.
Y oyóse de Ruy entonces
la suave voz que cantaba:
—Gacela, la mi gacela,
la gacela de mi alma...,
Y camino de la fuente
la gacela caminaba,
cantando con voz del cielo:
—....Y la ferida me mata....

II

Caminito de la fuente,
llegó á la fuente la niña,
con gran cordojo en el pecho
y en el corazón gran cuita.
Conosciera de su madre
la coidosa felonía,
y fablando con su amado,
á su madre suponía.
Y ya la niña non ríe,
y ya non canta la niña,
y ya nin agua recoge,
y ya nin la fuente mira.
Y ya el llanto dolcemente
los sus ojos ilumina,
como gotas de rocío
que sobre azabaches brillan.
Y moviéronse las aguas
reposadas y tranquilas,
rizándose cedo, cedo,
como á impulsos de la brisa;
y cedo ya se revuelven,
y cedo se arremolinan,
y ábrense y sale la fada,
la fada de la alegría.
Y vióla la niña buena,
y fué yucunda la niña
y ya la fada la acude,
y ya la fada la anima.
Y péinale los cabellos
faciéndoselos sortijas,
y tócale ya los ojos,
y ya más los ojos brillan;
y lava su cara luego,
y la su veste le limpia,
y llena el cántaro de agua,
y á oro el barro se asimila.
Y la fada bondadosa,
la fada besa á la niña,
y camino de su choza
va la fermosa tranquila.

Y por eso va cantando;
—¡Ay! ¡un galán desta villa
ferióme el alma de amores
y mátame la ferida.....!

III

Nada le membró la madre,
porque ella al mancebo hablara;
sólo sintió que la nieve
á la niña non matara.
Y fijóse en los sus ojos,
y fijóse en la su cara,
y fijóse en la su boca,
y fijóse en la su fabla;
y eran los ojos más grandes,
ojos llenos de esperanza,
melancólicos y bellos
como los ojos de un hada;
y en el rostro más femira
y más brancor se encontraban,
y magüer que siempre hermoso,
nunca tanto se mostrara;
y ornábanle los cabellos,
y el sol con ellos jugaba;
como entre las nubes juega
cuando la tarde le apaga;
y como dora las nubes
cuando le absconden y tapan,
los bucles que le abscondian,
también el sol los doraba.
Y era la boca muy dulce,
y mieles de ella manaban,
que la fabla era un arrullo
que al orear, falagaba.
Y el cántaro que era barro
oro puro se mostraba,
y á gloria el cántaro olía,
y á gloria también el agua.
Y hubo envidia de la hermosa,
hubo envidia la madrastra,
y así preguntóle entonces;
cuando tanto la miraba:
—Niña, la mi niña bella,
¿dó fuiste tan bien hallada?
Y respondióle la niña:
—En la fuente de la fada.

IV

Llegó de nuevo callando,
de nuevo llegó la noche,
con la nieve brilladora,
con los vientos sopladores.
Y llamando á la su niña,
llena el alma de traiciones,
con el cántaro en la mano
díjole la madre entonces:
—Niña, la mi niña bella,
la niña de mis amores,
voy de la fada á la fuente,
voy á la fuente esta noche.
Si viene Ruy el mancebo,
díle que á la fuente torne
y más palabras non fables,
ni abscondas más ilusiones.—
Caminito de la fuente
se va la madrastra entonces,
y el frío azota su rostro
y amágala el viento á voces.
Y ha miedo, y habiendo miedo
hela, hela como corre;
y ha miedo y una vegada
cae y el cántaro rompe;

y al cabo á la fuente llega,
y mover las aguas oye,
y surgir la fada mira
de las aguas que la absconden.
Y un cantar ascucha cerca,
un cantar que ella conoce,
cantar sentido que siente
el galán que pasa entonces;
cantar que diz á la niña
que desde su casa le oye:
—Gacela, la mi gacela,
Gacela de mis amores.....

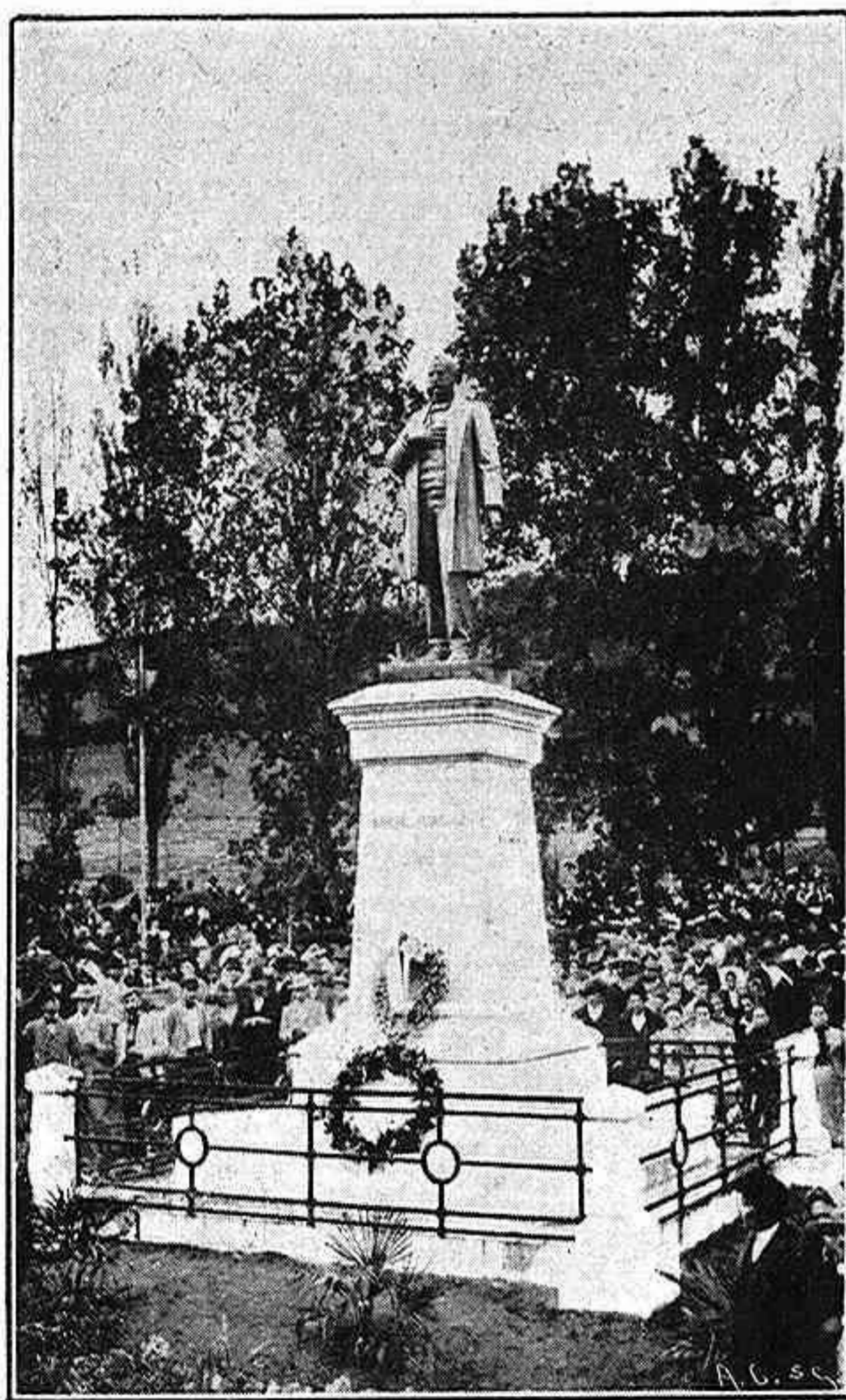
V

Y fijóse en los sus ojos,
y fijóse en la su cara.
y fijóse en la su boca,
y fijóse en la su fabla;
y el mancebo que la oía,
más namorándose estaba;
y hablábale la gacela,
á pesar de la madrastra;
y él la contaba que enantes
la otra noche, non la hallara
nin tan bella nin tan dulce,
nin graciosa, nin galana.
Y las horas dolcemente
acabándose pasaban,
y el galán con la su niña,
la niña con la su alma.
Y membró á su madre entonces
y plúgole ir á buscarla,
y salió con el mancebo
á la fuente de la fada.
Y allí non topó á su madre,
nin topó el cántaro de agua,
y cuita la niña había,
y la niña la ploraba;
y creyó que aquella noche
el frío se la matara,
y la nieve la encobriera,
y los vientos la arrastraran.
Y plorando con tristura
con el su galán marchaba,
y era la niña más bella,
cuanto más era cuitada.
Y cuando ya estaban lueñe,
removéronse las aguas,
cual si las ficiera r zar
la brisa de la alborada;
y cedo se levantaron,
y abriéndose cedo mansas,
y cedo salió la madre,
como enantes salió el hada.
Allí la llevó la envidia,
y la envidia la matara,
porque la fada encantóla,
abscondiéndola so el agua.
Y allí entrególe el su peine,
su peine que era de plata,
y era sujeta al encanto
hasta que á alguna peinara:
y á la peinada daría
más fermosura en la cara,
y más clarar en los ojos,
y más halago en la fabla;
y vió que lueñe, muy lueñe,
iba el galán con la dama,
y la mordieron los celos,
la mordieron en el alma;
y con el peine firióse
y el peine cayó al agua,
y allí se abscondió en la fuente,
ca ellos felices marchaban.

Y diz el vulgo del pueblo
que Margarita cuitada
con el su galán querido,
con el su galán casara;
y diz que van muchas veces
las niñas por la mañana,
con el cántaro de barro
á la fuente de la fada;
y diz que allí cada día
encuentran á la madrastra,
peinándose los cabellos
con el su peine de plata;
y diz que non peina á nadie,
porque la envidia la abrasa,
y non quiere fer más dulces

nin los ojos nin la cara.
Y diz que allí sigue siempre,
saliendo á las alboradas,
peinándose los sus bucles,
orillita de las aguas.
Y como siempre se niega
á peinar á las zagalas,
allí llora y allí vive
y allí vivirá encantada;
y allí la envidia la azota,
y allí los celos la matan,
y allí á sí sola se peina
y allí á sí sola se lava.

LUDEAMARO



Estatua de D. Manuel Pedregal en Grado.

DECLARACIÓN

Para M. de la P.

No sé ni dónde voy ni lo que espero.
Pendiente tengo el alma de un suspiro:
No te quiero mirar, pero te miro:
¡No te quiero querer, pero te quiero!

Voy al templo á rezar con mis enojos
de este insensato afán para olvidarme
y me olvido de Dios por acordarme
de la divina lumbre de tus ojos

Fija solo en tu nombre la memoria
puedes á Dios en caminar mi vuelo:

mi esperanza eres tú; ganar tu cielo
es para mí como ganar la gloria.

Dispones de mi alma á tu acomodo.
Para salvarme á tu piedad acudo.
¡Si me dices *que no*, todo lo dudo...!
¡Si me dices *que sí*, lo creo todo!

La eterna vida á tu capricho entrego;
falto de luz tu caridad reclamo,
¡Pintan ciego al amor y yo te amo...!
¡Tu compasión implora un pobre ciego!

Ciego de amor en el delirio toco:
Corto es el premio á que afanoso aspiro.
Te doy el corazón por un suspiro.
¡Se contenta el que adora con tan poco!

Ausente de tu amor, si quiero verte,
cierro los ojos con segura calma
y te miro en el fondo de mi alma
reina y señora de mi triste suerte.

Los goces materiales son quimeras;
más que el sol me seducen sus reflejos.
Las palmeras se adoran desde lejos...
¡Me seduce el amor de las palmeras!

Para espresarte mi pasión ardiente
no encuentro ni una frase ni un acento.
¡Cuando es grande y profundo un sentimiento
no se sabe espresar lo que se siente!

Llega á mi labio la palabra fría
y se detiene de mi afán en mengua.
¡No sabe traducir la torpe lengua
lo que sabe decir la poesía!

Si de mi amargo suspirar te apiadas
y el decirlo, mi bien, te causa enojos,
contesta á mi pregunta con los ojos,
que yo se lo que dicen las miradas.

Mírame nada más...! Mi amor constante
la luz aguarda de tus ojos bellos:
¡Dile á tu alma que se asome á ellos
Como se asoma al Cielo el sol gigante!

ELOY NORIEGA.

Un sabio español



I

Uno de los hombres que á más alto prestigio ponen el nombre de España, no sólo en Méjico, su residencia habitual, sinó en toda América, es el Excmo. é Ilustrísimo Sr. D. Eloy de Noriega y Ruiz, una inteligencia tan superior y de tal elasticidad, que sorprende, impresionando por sus frutos esplendorosos y de índoles tan diversas.

Afortunado inventor, sábio ingeniero, literato erudito, autor dramático de empuje, escritor científico notable, Mecenas ilustre, español *enragé*, ilustración vastísima y otra porción de méritos y cualidades inconcebibles se aunan en este ser relativamente joven, si en cuenta se tiene la magnitud de ciertas materias que requieren la madurez que prestan al cerebro los años y una cantidad de tiempo más que regular, y aún con todo ello no se llega á producir de tal forma, á menos que se trate de un génio de esos cuyos nombres pasan á la posteridad rodeados de la aureola que presta la gloria.

II

Al honrar aquí las páginas de nuestra publicación con la semblanza del joven D. Eloy de Noriega, ilustre ingeniero que dirige los trabajos en las fábricas de la Compañía Industrial de hilados, tejidos, blanqueo y estampados «San Antonio Abad» y anexas «La Colmena», «Barrón y Miraflores» y San Fernando,» lo hacemos con motivo de dar á conocer algunos inventos de este Sr., cuyos diseños también publicamos.

El Sr. Noriega es de la casta de los Edison y los Galvani: de éste tiene el espíritu de observación, secreto del sábio; y de aquél la maravillosa inventiva y la constancia en el estudio.

Si pensamos que Eloy de Noriega tiene treinta y tres años de edad y posée ya veinticinco diplomas de honor, diez grandes premios y setenta medallas de oro, obtenidas en diversas Exposiciones de Europa y América, por sus inventos; así como doscientas setenta patentes de invención y ser miembro de Jurado, fuera de concurso, desde el año 1892,

De las sociedades científicas de América y Europa es miembro honorario y corresponsal, y apenas si existe alguna que no le haya acogido en su seno. Tantos méritos y tan raras aptitudes, no debían quedar sin premio y así ha sido en efecto. Además de las recompensas de que hemos hecho mención y que ha conquistado en las Exposiciones extranjeras, el Sr. de Noriega ha obtenido las honoríficas distinciones siguientes:

Es miembro de la Academia de Ciencias y del Instituto de Bruselas, de la Academia de Inventores de París, de la Sociedad de Estudios prácticos de Electricidad de París, de la Sociedad de Socorros de Amigos de las Ciencias, de París, de la Sociedad Científica Europea, de Bruselas; de la Sociedad Industrial de Mulhouse; Miembro fundador del Museo Científico y Religioso de Jerusalem; Miembro de la Sociedad des amis des Sciences, de París; Miembro de la Academia Nacional Agrí-



cola Manufacturera y Comercial, París; Socio de Número del Congreso Social y Económico Hispano-Americano, Madrid; Miembro de la Sociedad Mejicana de Geografía y Estadística, de la Academia de Ciencias de California; Institución of electrical engineers, New-York; Ateneo de Lima, Perú, Smithsonian Institución, Asociación Americana para el avance de las ciencias, New-York; Academia de ciencias libres é Industria, Filadelfia; Sociedad Geográfica, Lisboa; Instituto Franklin, New-York; American Philosophical Society, New-York; Societé Industrielle d' Amiens; Ateneo, Centro Americano, Guatemala; Academia Dei Lincei, Roma; Institución of Civil Engineers, Lóndres; Instituto de Ingenieros Electricistas é Ingenieros mecánicos, Lóndres; Real Sociedad de la Industria química, Edimburgo; Real Academia de Ciencias, Letras y Bellas Artes, Bélgica, Bruselas; Sociedad de Física é Historia Natural, Génova, Suiza; Ateneo de Génova, Suiza, Academia de la Unión Universal de Ciencias, Roma; American Association for the advancement of Science, Massachusetts, etc., etc.

Posée las siguientes condecoraciones: Cruz de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III, Comendador de la Orden de la Corona de Italia; Caballero y Oficial de la Estrella de Oriente, de Egipto, y posée la Gran Cruz de la Orden Turca de Medjidié; Gran Cruz de San Mauricio y San Lázaro, de Cerdeña; Gran Cruz de la Rosa del Imperio del Brasil; Cruz de la Orden militar de Cristo, Portugal; Encomienda de número de la real y distinguida Orden de Isabel la Católica; Comendador de la Orden del Santo Sepulcro, Jesusalen; Nichan Yftihar, Turquía; Oficial de Academia y Oficial de la Legión de Honor, Francia; Busto del Libertador, Venezuela; Estrella Polar, Suecia y Noruega; Orden de San Alejandro, Bulgaria; Oficial del Mérito Agrícola y Palmas de Académico, Francia; Jefe Superior de Administración y placa de segunda clase del Mérito Naval, España, etc., etc.

Como miembro de la Junta patriótica de Méjico y Central de América una de las figuras que más sobresalieron por su actividad extraordinaria, fué el ilustre ingeniero y eminente literato Excelentísimo é Ilustrísimo señor D. Eloy de Noriega y Ruiz, verdadera alma de la Asociación Patriótica que allí se inició, y á cuya formación cooperó moral y materialmente en una forma sorprendente.

¿A qué seguir? Si las cruces y pensiones de los Gobiernos no siempre se disciernen al verdadero mérito, los diplomas de las Sociedades Científicas no los consiguen sinó los sábios, y por lo tanto no cabe duda del mérito de Noriega, dado el gran número de aquellos por él obtenidas.

Nació el Sr. Noriega en la pintoresca villa de Colombres, de la provincia de Ovido, y como buen asturiano mantiene vivo en su corazón el amor á su patria; no obstante se encariñó con Méjico, por los muchos años de residencia que lleva en él y por hallarse relacionado con vínculos de parentesco á varias familias que, de origen español, hoy son mejicanas. A los veintiseis años

de edad era ya tres veces *Excelentísimo* y dos *Ilustrísimo*, por otras tantas condecoraciones que obtuvo, é ingeniero-titulado en Europa y América.

Lleva escritas las siguientes obras, cuyos títulos indican claramente las materias de que tratan: *Hiladura del Algodón*.—*La preparación del Algodón*.—*Los Tejidos de Algodón*.—*Las Calderas de Vapor*.—*El Ingeniero Moderno, Industrial, Civil y Electricista*.—*Las Maravillas de la Ciencia*.—*Las Maravillas de la Electricidad, y La Electricidad*.

«Todas estas obras—dice el Sr. Terrazas, en su estudio biográfico que escribió del Sr. Noriega—denuncian al teórico y al práctico á un mismo tiempo. Están llenas de esas finas observaciones en que parece que el espíritu del industrial penetra hasta los más íntimos fenómenos naturales para aprovecharlas debidamente.»

Pero al lado de estos libros llenos de prosáicas emanaciones algebráicas y fríos silogismos del número, escribió otros Noriega, muy distintos y opuestos, en los que pinta su pasión por lo bello y campea el amor y la poesía. Tales son *Sentenciar en la Agonia*, y *Virginia*, (dramas) *La última Moda*.—*Con las mismas armas*.—*El Padre nuestro* y *La Rosa Blanca*, (comedias)

Anuncio Preferente.—*Una Fiesta en Villa Rosa*.—*Al que se muere lo entierran*.—*La Generala*.—*De Vitigudino*.—*La Culpable*.—*May Josefa*, (sainetes).

Golondrina, abre tus alas.—*Loco por el arte*.—*A casarse*.—*Todo por ella*, y *La Vuelta al Nido*, (monólogos)

Mar'a.—*Fugando se pierde*.—*La Señora Marquesa*.—*En la Mar*.—*La Romería*, (Zarzuelas.)

A más de esto, tiene publicados dos tomos de notables artículos literarios; un volumen de novelas cortas y dos libros de poesías inspiradísimas y perfectas.—*Colón*, poema, (obra de grandes vuelos) y una infinidad de poesías sueltas, entre las que descuella la titulada *Asturia*; sentido romance, cuyos últimos versos no podemos resistir al deseo de copiarlos:

«¡Las olas que amantes besan
las arenas de tus playas,
formando en sus remolinos
penachos de espuma blanca,
en sus salvajes rugidos
himnos de gloria te cantan,
y ríen cuando se acercan
y lloran cuando se marchan...!»

Sin embargo, en Noriega la pasión por la ciencia domina al amor de la literatura romántica: el ingeniero se sobrepone al poeta y más esgrime la pluma en lucha con el problema mecánico que en dulce coloquio con las musas.

Dominando (habla, escribe y traduce correctamente) los idiomas francés, inglés é italiano, traduce á nuestra lengua libros tan importantes como *Electricidad* y *Magnetismo*.—*Teoría Elemental de las corrientes alternativas*.—*Estudios sobre Telefon'a*.—*La Pila Eléctrica*.—*La Electricidad Estática*.—*Las Máquinas Dinamo-Eléctricas de Silvanus*.—*Thompson y La Electricidad y sus aplicaciones*, de H. Schrenckjes, etc., etc.

Colabora con gran frecuencia en *The Scientific American*.—*L' Industrie Teotile*.—*La Lumiere Electrique*.—*Electricity*.—*The Illustrated Electrical Review*.—*The Electrical World*.—*El Mundo Naval Ilustrado*.—*La Electricidad*.—*La Ilustración Artística*.—*La Naturaleza*.—*La Nature*.—*The Nature Album Salón*.—*La Energía Eléctrica* y otros, apareciendo su firma lo mismo en un interesante artículo literario, que en una composición poética ó un trabajo científico, reservada su lectura únicamente á los cerebros perfectamente organizados.

El Sr. Noriega que, como hemos dicho, á más de ser un sabio Ingeniero electricista é industrial, es un gran patriota; ha hecho hace algunos años al Gobierno español, cesión pura y perfecta, para que los aplique en las dependencias del Estado, en el Ejército y la Armada, de los siguientes importanetes inventos:

La batería Eléctrica universal (siete patentes)
Sistema de Teléfonos, para la transmisión de la palabra á largas distancias; amparado este descubrimiento por diez y siete privilegios.

Un nuevo sistema de micrófonos.

El micrófono y el microteléfono, sistema Noriega.

Sistema de micrófonos, para la transmisión de la palabra hablada, á distancias mayores de 4.000 kilómetros.

Caja telefónica automática.

Caldera sistema Noriega, generador rápido de vapor, para buques de guerra, aplicable especialmente á los torpederos y caza-torpedos.

Nuevo líquido excitador para cargar pilas eléctricas.

La donación de estos inventos (treinta y nueve) la hizo el Sr. de Noriega, meses antes de la guerra Hispano-Americana.



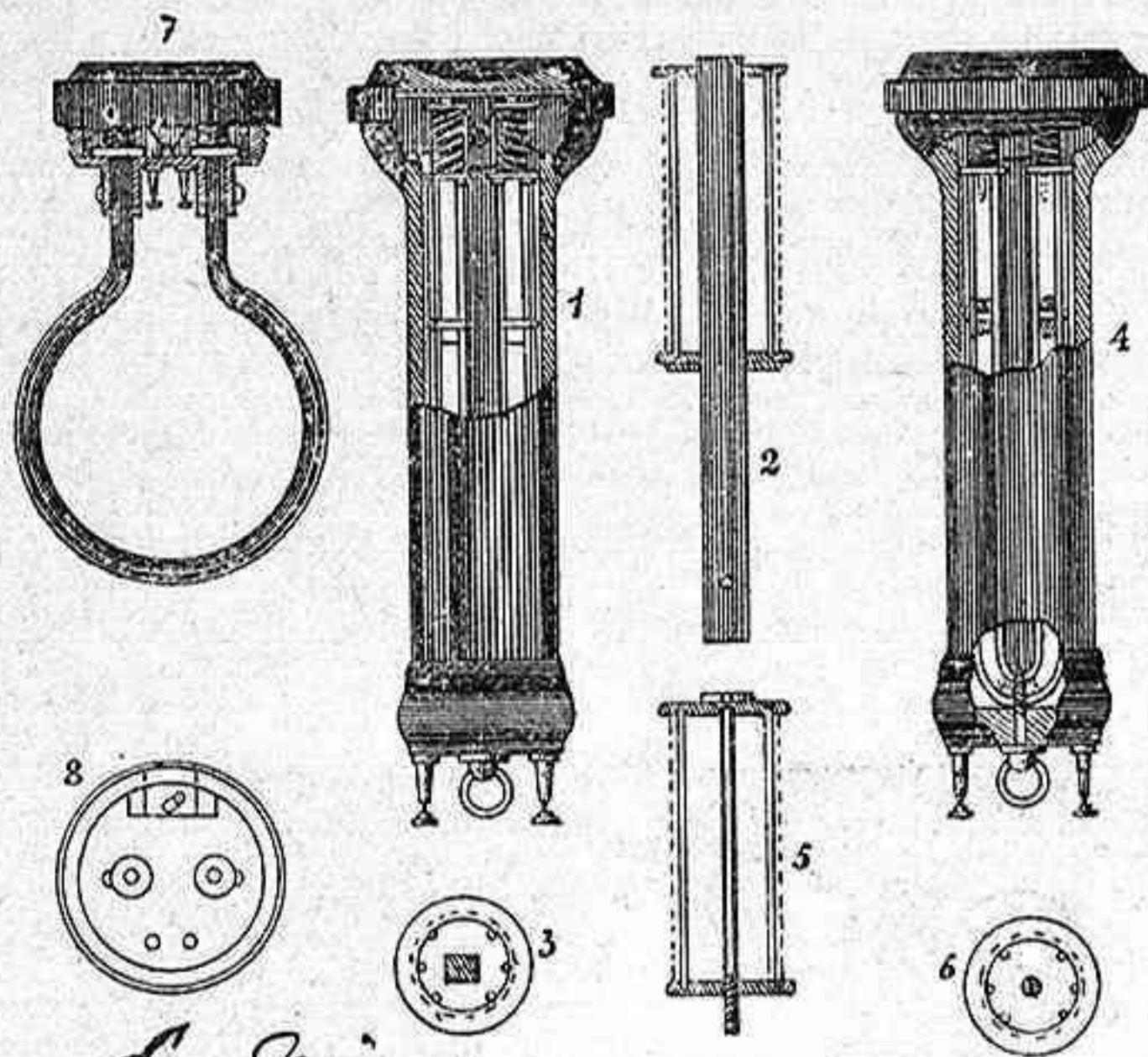
III

Daremos ahora una explicación de los grabados que acompañan estas líneas y representan cinco inventos de Noriega, entre muchas que se deben á su fecunda inventiva.

El dibujo representa un sencillo teléfono receptor, que dá excelentes resultados y que puede usarse en conexión con el micrófono. La figura 1 muestra una sección longitudinal del aparato y la figura 4 una pequeña modificación; mientras que la figura 2 muestra una sección de la extremidad polar de uno de los imanes y el esqueleto de la bobina; la figura 5 representa otra sección del mismo esqueleto y la extensión polar, y las figuras 3 y 6 son vistas transversales. Un imán compuesto en forma de U está asegurado en el mango del teléfono por medio de tornillos que pasan por la extremidad del mango y por la comba del imán; en el otro extremo del mango y en su parte exterior se halla un tejido de hilo que recibe la pieza del oído; en la cual hay un diafragma de hierro, cerca de la extremidad polar del imán en forma de U, pero no en contacto con ella. Entre los miembros ó piezas del imán compuesto, están ligeramente proyectados fragmentos ó piezas de palo, de hierro dulce que reciben las bobinas concitando una con otra por medio de una terminal, de la misma manera que las de un electro-imán: las otras terminales están concitadas con tiras ó fajas colocadas en el otro extremo del mango.

Las extensiones polares están sujetas por medio de tornillos que pasan por ellas y por los brazos del imán; pero en la modificación que se vé en la figura 4, las extensiones consisten en tornillos que tienen una cabeza de gran diámetro y que están incrustadas en la porción central del imán compuesto. Cada bobina tiene cabezas de hierro dulce adaptadas á las extensiones polares y alambres de hierro dulce, que están acomodados en el círculo dentro de las cabezas, para formar el macizo ó cerco de las bobinas: las vueltas varían según las condiciones en que vaya á usarse el instrumento y su sensibilidad puede variar según el ajuste del diafragma.

Las figuras 7 y 8 ilustran las modificaciones por medio de las cuales se omite el mango del teléfono y la pieza celular del oído se coloca directamente en los polos de un imán permanente de herradura; las bobinas están



E. Noriega.
Teléfono sistema Noriega --

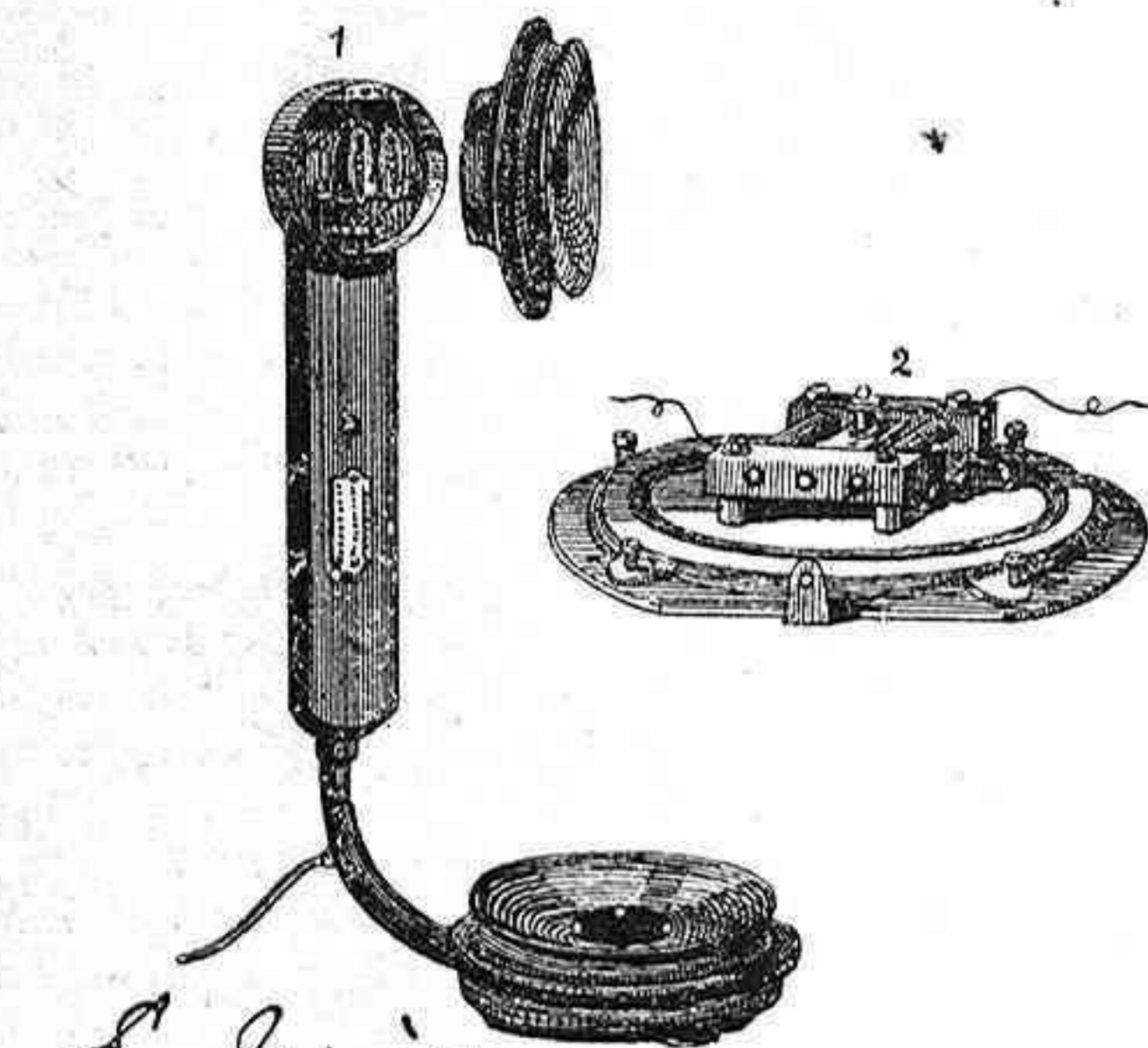
adheridas á los polos por medio de tornillos, mientras que la pieza del oído está arreglada para ajustar la distancia del diafragma con referencia á las extensiones polares.

IV

En la figura 1, se tiene un teléfono combinado transmisor y receptor, en el cual instrumento están unidos de tal manera, que mientras el transmisor está arrimado á la boca en posición de recibir la palabra, el receptor está pegado al oído.

El receptor consta de un diafragma de hierro que obra por medio de un imán en forma de U oculto en el mango, que tiene fragmentos oblongos de polo formados de pequeñas varillas de hierro y circundado por bobinas oblongas. Mediante esta construcción se forma un poderoso campo magnético que es sensible al más ligero impulso, y por lo mismo muy eficaz para reproducir los sonidos en el transmisor.

El transmisor de este instrumento tiene un diafragma de madera resonante, como el pino ó el pruche,



E. Noriega.
Transmisor y receptor telefonico
Sistema Noriega --

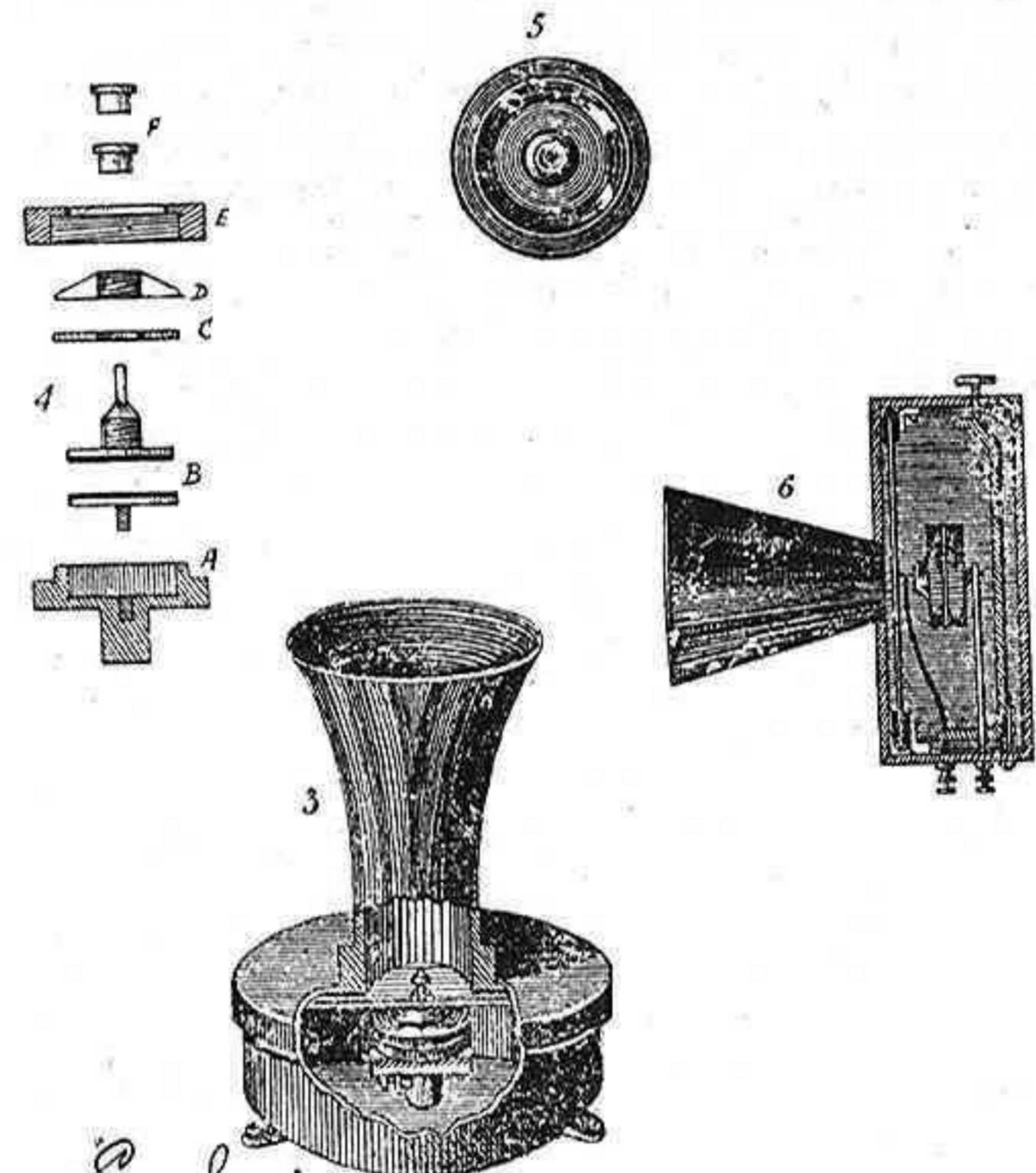
una cubierta de mica en ambos lados y una faja de goma elástica al rededor de la punta para proteger la madera contra la humedad.

Al diafragma están adheridas dos barras perforadas de carbón, en las cuales penetran holgadamente los extremos de dos varillas de carbón. Un travesaño fijo en las barras de carbón, entre las varillas de la misma sustancia lleva un peine de cerdas de caballo ó de otro material análogo, el cual impele á las varillas de carbón hacia afuera del diafragma y las pone en contacto con las paredes exteriores de los agujeros de las barras de carbón, como se ve en la figura 2.

Las barras de carbón están conectadas con el circuito primario de la batería local y las bobinas receptoras son las secundarias ó con la línea del circuito.

Las variaciones de resistencia, debidas á la vibración de las varillas de carbón en las barras del mismo que lleva el diafragma, causan pulsaciones que se reproducen en el receptor.

En las figuras 4 y 5, se ven dos formas del transmisor en el cual se emplea un botón de carbón granulado, colocado entre discos de carbón ó metálicos; uno de los cuales está inmóvil, en tanto que el otro vibra por medio del diafragma cuando el instrumento está en uso. En la figura 4 se ve las diferentes partes del botón en el orden en que están unidas: el botón de carbón gra-



E. Noriega.
Transmisor sistema Noriega --

nulado se halla entre los discos B. En la figura 5, se ve una sección lateral de todo el botón. En la figura 6 se ve la celda ó alvéolo sostenida por un resorte fijo á una palanca ajustable y que se halla aislado del diafragma celular que se ajusta por medio de un tornillo que pasa á través de la pared que se halla enfrente de la celda.

La misma palanca lleva un resorte flexible que tiene en su extremo libre una estaca que descansa sobre el diafragma y oprime el centro del botón. En todo esto el disco adherido al diafragma es ligeramente movable como un émbolo en la celda en que está colocado.

La clase de carbón que prefiere el inventor está preparado por un procedimiento especial del carbón de atrancita. Este instrumento está destinado para el trabajo á grandes distancias y construido con el objeto de usar corrientes poderosas.

V

Los electrodos son para las pilas llamadas comunemente de «aglomerados despolarizadores.» Las substan-

cias que componen el conglomerado, son las que á continuación se expresan:

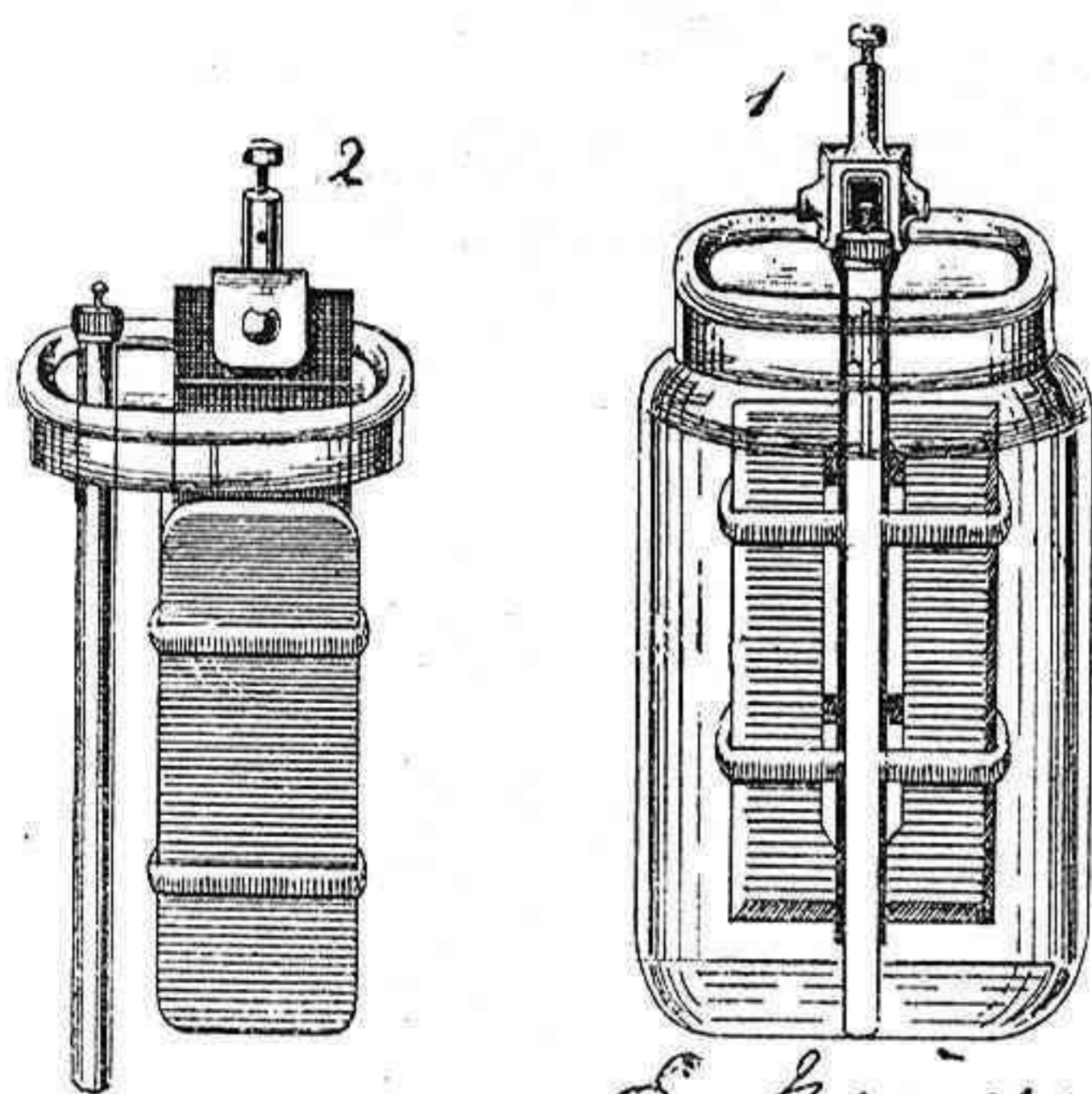
Peróxido de manganeso	43 partes
Grafito.....	60 »
Alquitrán.....	9 »
Azufre.....	0'6 I
Agua.....	0'4 »

Todas estas substancias se reducen á polvo muy fino é inmediatamente se mezclan con un poco de agua, hasta que se puedan amasar. La pasta así formada, se irá colocando en moldes de forma apropiada con el fin de obtener el conglomerado de la forma que se desée; la pasta debe mezclarse en frío. Para obtener la forma, se sujeta el molde á la acción de las prensas que se emplean en esta clase de trabajos; una vez que se han moldeado los conglomerados, se les deja secar; cuando ya estén bien secos se depositan en un horno en el cual la temperatura se eleva gradualmente hasta que llegue de 340° á 360° centígrados, sobre poco más ó menos. A esta temperatura no pueden descomponerse los cuerpos despolarizadores: basta para esto tener presente que el peróxido de manganeso no se descompone sino á los 550° ó 560° centígrados.

Sin embargo, este calor es lo bastante para destruir las partes volátiles que entran en la composición ya indicada, verificándose á la vez el conglomerado restante en el nuevo producto así obtenido; durante la hora y media que deben permanecer los conglomerados en el horno, la temperatura, como lo hemos dicho ya, deberá ser gradual y progresiva, en cuyo tiempo el agua que aún les queda se evapora.

Hé aquí cómo los demás aceites se eliminan; siendo uno de los más volátiles el contenido en el alquitrán, así como el azufre, que obra sobre los residuos de este, se elimina á la vez que se evapora el agua. Lo mismo que obra sobre todos estos productos, obra sobre los hidrocarburos y cambia el alquitrán por la sustitución parcialmente, en productos volátiles que se desprenden y manifiestan por el olor del sulfato de carbono y de otros productos sulfurados, cuyo desprendimiento se verifica en el horno y por la acción del calor sobre el conglomerado. El resto del conglomerado cambia por completo á la acción del azufre en combinación con el calor, en un cuerpo perfectamente sólido. Su acción es parecida en un todo á la que se verifica en la vulcanización del caucho.

Estas fórmulas son todas susceptibles de cambiarse,



E. Noriega.
Pila Eléctrica.

pudiendo también substituir el alquitrán por la pez ó cualquiera otra resina ximilar.

El peróxido de manganeso puede substituirse con el bióxido de plomo, el óxido de cobre ú otros cuerpos despolarizadores con mezclas de dos ó más cuerpos que sean susceptibles de producir el mismo resultado sobre el procedimiento aquí descrito.

VI

Electrodo de zinc: el electrodo está compuesto de una liga de dos partes de plomo y cien de zinc del comercio, cubierto de una fuerte capa de mercurio y calentado hasta que este líquido esté íntimamente amalgamado con cada una de aquellas ligas.

El estaño adicionado al mercurio se funde en primer término. El plomo fundido en otro crisol se hecha enseguida en la mezcla bien removida, y después, se pasa la liga á moldes de forma apropiada para hacer los electrodos. Las barras que así se forman son también amalgamadas y para ello se las sumerge en una solución compuesta de tres partes de ácido sulfúrico por treinta de agua, con el fin de lavarlas y se dejan durante un minuto en un baño de mercurio sometido á una temperatura de ciento diez grados Fah. (cuarenta C. aproximadamente) durante seis ó siete minutos, operación que se renueva, y después de este tratamiento, las barras habrán absorbido cerca de ocho gramos de mercurio por cuatrocientos cincuenta y seis de liga.

Otro procedimiento muy bueno, que también tiene patentado el inventor, consiste en tomar plomo en forma de hojas, al que se le agrega una pequeña cantidad de ácido arsenicoso ó arsénico blanco, colocado todo dentro de un crisol que debe contener mercurio. Debe calentarse poco á poco, hasta que con la temperatura del mercurio se logre disolver el plomo sin llegar á evaporar el azoe. Para fundir el plomo en hojas, se necesita un pequeñísimo grado de calor; en este estado el mercurio ya caliente, contribuye á disolver las delgadas hojas de plomo.

Una vez que el plomo está disuelto en el mercurio, se agrega una pequeña cantidad de carbonato de sodio é inmediatamente se colocará esta amalgama de plomo y mercurio en moldes de forma apropiada, hasta que enfríen.

Dispóngase en otro crisol cierta cantidad de zinc y téngase al estado de fusión; basta tomar una de las barras ya frías de plomo y mercurio y sumergirlas continuamente en la masa líquida de zinc, para que la parte amalgamada ya, sea poco á poco derretida y en consecuencia absorbida.

El arsénico no tiene otro objeto que el de ayudar á la misión del plomo y zinc y el carbonato de sodio á la del zinc y el mercurio. Puede substituirse el plomo en hojas y el arsénico, empleando en su lugar balas ó perdigones que contengan el arsénico necesario para producir la amalgama.

VII

Vamos á dar fin al trabajo que emprendimos, describiendo uno de los más grandes inventos, que se deben al sabio ingeniero español, Sr. Noriega, y es la patente fundamental de su beneficio del oro y la plata, y que hoy está explotándose en el mundo entero. Este descubrimiento le ha valido mucho dinero y mucha gloria á su inventor, y aún con todo eso no ha sido bastante recompensado; con el descubrimiento lega un nombre honroso á la posteridad.

Los minerales que se han de beneficiar se sujetan á la acción de los cianuros de potasio, de sodio, de mercurio ó de amonio, etc., sujetando antes los metales que se pretenda beneficiar á un tratamiento preparatorio de potasa, cal ó substancias alcalinas que pueden quedar incorporadas al mineral ó compuesto, si así se desea. Cuando se usan los cianuros de mercurio se de

jan las substancias alcalinas incorporadas á la masa. Para evitar la formación de sulfitos solubles en las soluciones de cianuros, lo que retarda considerablemente los beneficios, se agrega al mineral ó á los cianuros, sales que formen con el azufre del sulfito otro sulfito que sea insoluble en los cianógenos que se usen en los beneficios.

Con el fin de lograr lo indicado, se hace uso de las sales ó compuestos de plomo, como son los plumbatos, acetatos, carbonatos, sulfatos, zincatos, cloruros, de manganeso, óxidos, bi-óxidos y cloruros de mercurio, hidratos ú óxidos de hierro, etc.

Una vez hecho el tratamiento preparatorio de los minerales ó de sus compuestos, se tratan por medio de agitadores, lo que hace que el beneficio sea más rápido. Cuando así convenga, es bueno filtrar la solución de cianuros á través de los minerales, las veces que sea necesario, con el fin de disolver todos los metales preciosos. Estas filtraciones deben hacerse en tanques que tengan un falso fondo permeable ó de cualquiera filtro conveniente.

Las soluciones separadas se deben pasar inmediatamente por una masa ó filtro de zinc sumamente dividido, ó en trozos muy pequeños como la rebaba que producen las máquinas de torrear metales. Deben de emplearse estas rebabas tan pronto como se hayan hecho, debiendo evitarse, en lo posible la oxidación, que siempre es perjudicial.

El zinc, así dividido, puede emplearse con otras substancias reductoras de los metales preciosos ó de sus compuestos, como son los cloruros, bromuros, sulfitos, hiposulfitos ó sulfatos que se obtienen por procedimientos muy conocidos.

Los metales preciosos así tratados, se separan del zinc por destilación ó también colándolos á través de un cedazo ó criba que deje pasar los metales preciosos y recoja el zinc; esta operación se puede hacer sumergiendo en agua dichos aparatos.

Los aparatos para este beneficio pueden componerse de tres tinas, hechas de cualquier material que no sea

atacado por las substancias que se emplean en los beneficios. La primera tina deberá estar provista de agitadores y el fondo de tubos, que darán salida á las soluciones de cianuro al seguirlo tanque donde deberá estar el filtro de rebaba de zinc, en cuyo filtro va colocado un anodo de carbón, siendo el otro el zinc del filtro; la corriente eléctrica es generada por una batería de acumuladores ó una dinamo. Del segundo tanque pasa á un tercero, de donde una bomba elevará á un depósito, situado en lo alto, las soluciones de cianuro, en cuya tina se regenerarán y volverán á servir en un nuevo beneficio.

En los metales refractarios, el oro ó la plata queda disuelta por los cianuros, formando un doble cianuro del metal precioso con el potasio.

Este doble cianuro se reduce fácilmente al estado metálico con un cianógeno simple por medio de la corriente eléctrica.

Todas las patentes que amparan este descubrimiento, comprendidas desde el 29 de Mayo de 1888, hasta el 29 de Septiembre de 1892, nuestro biografiado, el señor Noriega, las ha vendido á la Compañía inglesa «The Mac-Arthur Forester Gold and Silver recovery Company,» de Londres.

Cautiva y sorprende el número de inventos, esa riqueza de volúmenes, tesoro de enseñanzas que el señor Noriega nos ha legado, unas veces ilustrando á los industriales, otras dando poderosos haces de luz á la ciencia y en todas ellas revelando el ser privilegiado, el espíritu superior, que tanta gloria ha dado á España su patria, y á Asturias, lugar de su nacimiento.

Para terminar, diremos; que suele ser la biografía incienso quemado en el altar del poderoso, pero también es cierto que significa la admiración sincera que despierta aquel ser privilegiado, que sacrifica toda una alborada de su vida en el santuario de la ciencia.

RICARDO BECERRO DE BENGUA

Madrid, 30 de Noviembre de 1901



Playa de Aguilar en Muros

LOS DOS PERROS

Una tarde de verano,
con un ambiente que abrasa,
encuéntanse mano á mano
un perro de buena casa
y el perro de un artesano.

Sin mediar presentación,
con muy buena educación,
al punto un diálogo entablan
(que también los perros hablan
cuando llega la ocasión.)

—¡Vaya un día, compañero!

—Hace un calor regular.

—¡De cuarenta sobre cero!

Madrid es un chicharrero
que no se puede aguantar.

—No tanto.

—¿Cómo que nó?

¡Si aquí se asfixia la gente!
Yo no lo sufro.

—Pues yo

sudo un poco y se acabó.

Lo paso admirablemente.

—Como en verano he salido
á baños todos los años

y este año no se ha podido,
echo de menos los baños,
y eso me tiene aburrido.

¿Tu te bañas?

—Sí, señor;

en cuanto aprieta el calor.
¡Si es la cosa más sencilla!
Me hacen siempre ese favor
los mangueros de la Villa.

Antes de que el sol me escalde,
en cuanto veo una manga,
quiera ó no quiera el alcalde,
voy y me baño de balde.

¡Ya ves tu si es una ganga!

—Apruebo tu decisión.

tu lo haces sin aprensión
y no se te da un ardite;
pero á mí la posición
social no me lo permite.

—¿De quién eres?

—De un marqués,

no creas que de un cualquiera.

Yo soy un perro danés.

—¿Que eres danés? ¿Y eso qué es?

—Que soy de raza extranjera.

—Yo aquí y en Sebastopol
siempre á todo me acomodo
y aguanto el frío y el sol.

No hay como ser español

para estar uno hecho á todo.

—¿Quién es tu dueño?

—Un servil

que vive de su trabajo.

—¿Qué oficio tiene?

—Albañil.

—¿Albañil? Oficio vil.

—¿Cómo vil?

—Oficio bajo.

—Poco á poco compañero.

El Sr. Juan, al que quiero
como al Dios Omnipotente,
podrá no tener dinero,
pero es honrado y decente.

¿Oficio bajo has llamado
al suyo? ¡Valiente error!

¡Si trabaja en un tejado!

Ya ves tu si es elevado
el puesto de mi señor.

—¿Vivireis mal?

—¡Qué ocurrencia!

Vivimos con gran decencia
los tres en nuestra casita,
muy pequeña y muy limpita,
en la Ronda de Valencia.

Ellos pagan ¿cómo no?
mi amor con dulce cariño,
pues recuerdan lo que yo
jugué con el pobre niño
que hace un año se murió.

—¿Y comer?

—Ya habrás notado

que estoy sano y bien nutrido.
Nunca, hasta hoy, me ha faltado
mi gran plato de cocido
y mi ración de guisado.

—Si los dos me quieren mucho!
Como lo que ellos.

—¿Qué escucho?

¿Comes lo que ellos?

—¿Te choca?

¡Si para dárselo al *Chucho*
se lo quitan de la boca!

¡Si son más buenos que el pan!

El ama y yo le llevamos
la comida al señor Juan,
y en cuanto las doce dan,
los tres juntos nos sentamos.

Abre la *señá* Manuela
el cesto de la comida,
y el olorcillo consuela...
¡Me atizo cada cazuela

de sopas, que dan la vida!

—Yo como en la cuadra.

—¡Horror!

—Me sirve el lacayo Andrés.

—¡En la cuadra!

—¡Sí, señor!

—¡Pues lujoso comedor
te proporciona el marqués!

—Allí me paso encerrado
la vida.

—¿Qué disparate!

¡Hoy soy feliz! Me he escapado!
 ¿A tí nunca te han atado?
 —¿Quién? ¿á mí? ¡No hay quien me ate!
 No hay quien de salir me impida!
 —Serás feliz de ese modo.
 —¿No he de serlo? ¡Es la gran vida!
 Tengo cariño y comida,
 y libertad sobre todo.

Voy con el amo á jugar
 en cuanto el trabajo deja,
 y en las fiestas de guardar
 nos vamos á merendar
 á la Fuente de la Teja.

Me miman como á un cachorro;
 ¡si no hay vida más dichosa!
 ¡Lo que yo allí salto y corro...!
 Por cierto que en un ventorro
 hay una perra preciosa.

—¿Es guapa?

—¡Claro que sí!

—Si otro día me escapase...

—¡Quiá! No sirve para tí.

Es una perrita así...

artesana, de mi clase.

Vaya, adios, que dan las siete,
 y ahora saldrán del trabajo.

Allí viene un guardia; ¡vete!

¡Abur...!

Y como un cohete
 echó á correr calle abajo.

Mirándole con tristeza
 así el danés exclamaba
 meneando la cabeza:

—¡De buena gana cambiaba
 mi lujo por su pobreza!

VITAL AZA.

LAS ESTAZADAS

(Episodio histórico)

¡Cuidado que era viejo el tío Pepín!
 Todavía me parece que lo estoy viendo con
 la montera *picona* caída sobre la nuca, la

lados, los escarnes pardos y las *corizas* ó
 abarcas de piel de carnero. Seco, enjuto,
 con grandes ojos castaños que brillaban
 con fuego extraordinario cuando hablaba
 de la guerra. Porque el hombre había sido
 soldado y había comenzado la carrera mi-
 litar á los doce años.



En la playa.—Fot. del Río.

chaqueta de paño de Tarazona con picu-
 das solapas y cuello alto y tieso, el calzón
 corto, las medias de lana con dibujos ca-

¿Qué es muy tem-
 prano? Ya lo sé, y
 también al tío Pepín
 le parecía demasia-
 da precocidad, pero
 el hombre no había
 podido remediarlo.
 La guerra le había
 agarrado de los pe-
 los y se lo había
 llevado, quieras que
 nó.

Me contaba la co-
 sa una tarde en que
 bajábamos juntos
 desde Ortiguero á
 Carreña por la ca-
 rretera que va de
 Cangas de Onís á
 Peñamellera.

—Mire usted, se-
 ñorito: aquí fué donde yo me ví en una
 gorda por la vez primera; tenía entonces
 doce años. No había ni trazas de esta ca-

rretera y seguramente que nadie soñaba con ella. El camino de herradura iba por la cresta de esta peña que tenemos á la izquierda, y, al llegar ahí, á la Cantina, los que iban á Berodia bajaban hasta el fondo del barranco de las Estazadas desde lo alto de la peña, como ahora desde esta carretera. Los franceses supieron que en Berodia vivía la familia del General Bárcena, que mandaba las fuerzas levantadas en el Oriente de Asturias por la Junta del Principado, y resolvieron apoderarse de ella, para lo cual enviaron una columna de 500 hombres; pero no habían llegado éstos á Onís cuando ya se tenía noticia de la cosa en Carreña.

Avisaron á la generala que, con sus hijos y algunos fieles servidores, fué á ocultarse en una cueva que hay en aquel picacho que ve usted desde aquí; todo hubiera ido bien para los franceses, aunque no prendieran á la generala, si al señorito Pedro, un rapazuco, de mi edad, no se le hubiera ocurrido escapar del lado de su madre y bajar otra vez á Carreña. Allí nos reunió á unos cuantos y nos propuso con la mayor seriedad salir á matar franceses y que él sería el general, ya que lo era su padre también. No nos pareció fácil la empresa; pero como alguno de los presentes echáse á volar la especie de que, si los franceses venían por el valle de la Molina, podríamos soltarles sin peligro, algunas pedradas desde lo alto de las peñas, aceptamos todos el proyecto, y el señorito Pedro, echándose ya de general, mandó avisar á todos los chicos de Berodia, Arenas, Asiego, Puertas, Inguanzo y Ortiguero.

Unos cuarenta seríamos los reunidos el día 10 de Octubre de 1810 al amanecer, en la cresta de esta peña, teniendo á nuestros piés ese valle que está por debajo de la Salce y que llega hasta la garganta que abre el río Casaña en las Estazadas, y sobre la cual cae casi á plomo la peña de la Cantina. El más tallado de nosotros no pasaba de los quince años. El señorito Pedro nos había mandado traer palos, y haciendo palanca con ellos habíamos amontonado al borde de la cresta varias docenas de pie-

dras, algunas de buen tamaño y que quizá pesarían un par de arrobas, y al mismo tiempo hicimos gran provisión de piedra menuda. Nuestros propósitos eran soltar las piedras gordas sobre los franceses, si pasaban por abajo, largarles una descarga de pedradas y luego poner piés en polvorosa. Si venían por arriba tomaríamos el portante sin descarga y sin nada.

Como diez ó doce pastores y cazadores vigilaban en picachos y veredas desde la Cruz de Raos: ellos nos avisarían, cuando pasaran á dar la noticia á nuestros padres, que estaban cerrando la entrada del valle de Carreña.

A las siete de la mañana tuvimos el primer aviso. Los franceses venían por el valle. Todos nos echamos boca abajo. El señorito Pedro, como general, era el primero por la derecha y debía ser el que empezase; pero como él sólo no podía empujar la piedra mayor, estábamos otros dispuestos á ayudarle. Pronto tuvimos la columna francesa á nuestros piés. Yo veía soldados por primera vez y aquellos largos capotes, aquellos morriones altos con sendos pompones, aquellos fusiles que brillaban á los primeros rayos del sol, confieso que me dieron escolofríos. Pero no tuve tiempo á reflexionar porque el señorito Pedro nos dijo:

—Ahora la piedra grande.

La empujamos con los palos y cayó rebotando. Oímos los sordos golpes de los rebotes y un instante después subió desde el fondo del barranco un grito espantoso en el que se confundían quejidos y blasfemias.

—A las otras, dijo el señorito:

Y una tras de otra fueron cayendo al abismo las peñas preparadas para ello. El rumor, más que rumor, el bramido que subía de las Estazadas, excitó nuestra curiosidad y dos ó tres asomamos la cabeza por encima del crestón calizo. Lo que pasaba allá abajo era espantoso. Sobre charcos de sangre se revolcaban algunas docenas de infelices soldados con brazos ó piernas ó cráneos rotos, destrozados por los tremendos golpes de aquella avalancha y otros intentaban inutilmente subir por los costados del

desfiladero. Algunas descargas de piedras les hicieron renunciar á su intento, y poco después huía por el estrecho del valle, á la desbandada, el grueso de las tropas, mientras los desgraciados heridos se arrastraban por los bordes del Casaño penosamente ó caían en las negras aguas del río.

Créame; después de aquello he visto muchos sangrientos combates, pero ninguno me impresionó tanto.

Cuando en el valle no quedaron más que los soldados que no podían huir, nos atrevimos á bajar hasta el fondo de la cortadura, acompañados de dos ó tres pastores, pero todas íbamos pálidos y trémulos y no pudimos soportar la vista de los muertos y los lamentos de los heridos. Sólo el señorito Pedro tuvo valor para recoger algunos fusiles arrojados aquí y allí; nos dió á cada uno de los que estábamos á su lado y él se quedó con otro en cuya bayoneta flotaba un guión, un banderín blanco y amarillo.

Entramos en Carreña con los fusiles al hombro y orgullosos de nuestra hazaña. Delante iba el señorito Pedro, y yo, á su lado, imitando con la voz un toque de corneta que había oído á los cornetas franceses.

Estaba yo entonces bien ageno de que

aquel toque era el primero de mi aprendizaje, porque dos años después, cuando apenas había cumplido los catorce, el ardor bélico que en mí despertara aquel primer hecho de armas, me llevó á engancharme en uno de los batallones de la división de Oriente, que mandaba el General Bárcena.

—¿Y el señorito Pedro?

—El señorito Pedro fué con el tiempo general de veras, y alguna vez, recordando nuestra primera acción de guerra, me dijo que el comandante de la columna francesa había atribuído á un batallón del ejército de la Junta el descalabro de las Estazadas. ¡Figúrese usted qué batallón de rapazucos!

—¿Y es posible que él mismo lo haya creído así?

—Puede ser; pero de todos modos, si hay muchas equivocaciones así en la historia... Ya no queda ninguno del *batallón* que pueda contarlo más que yo. El banderín blanco y amarillo aún se conserva en casa del general.

—¿Del señorito Pedro?

—Sí; del señorito Pedro, que fué más tarde el general D. Pedro de la Bárcena.

R.

Retazos

Un individuo demasiado liberal es nombrado comandante de un presidio.

Al presentarse á los penados, éstos se quitan las gorras respetuosamente.

—¡Ponerse las gorras!—exclamó el jefe.— ¡Aquí todos somos iguales!

Diálogo.

—¿Conoce V. al doctor T...?

—Sí.

—¿Qué tal es?

—¡Psch!

—¿Mata muchos?

—No, pero no cura á nadie.

—Menos mal; está cargado con pólvora sola.

Entre empleados.

—¿Cuáles son tus principios?

—Encontrar medios.

—¿Qué medios?

—Los medios para llegar al fin.

—¿A qué fin?

—A fin de mes.

—Diga V., portora, ¿vive en esta casa don Torcuato?

—Ahora se está mudando...

—¡Ah! ¿Conque se muda?

—Sí, señor, de calcetines.

Sirvieron á uno en un plato una lonja de queso muy delgada, y al verla se tapó la boca.

—¿Por qué haces eso?—le preguntaron.

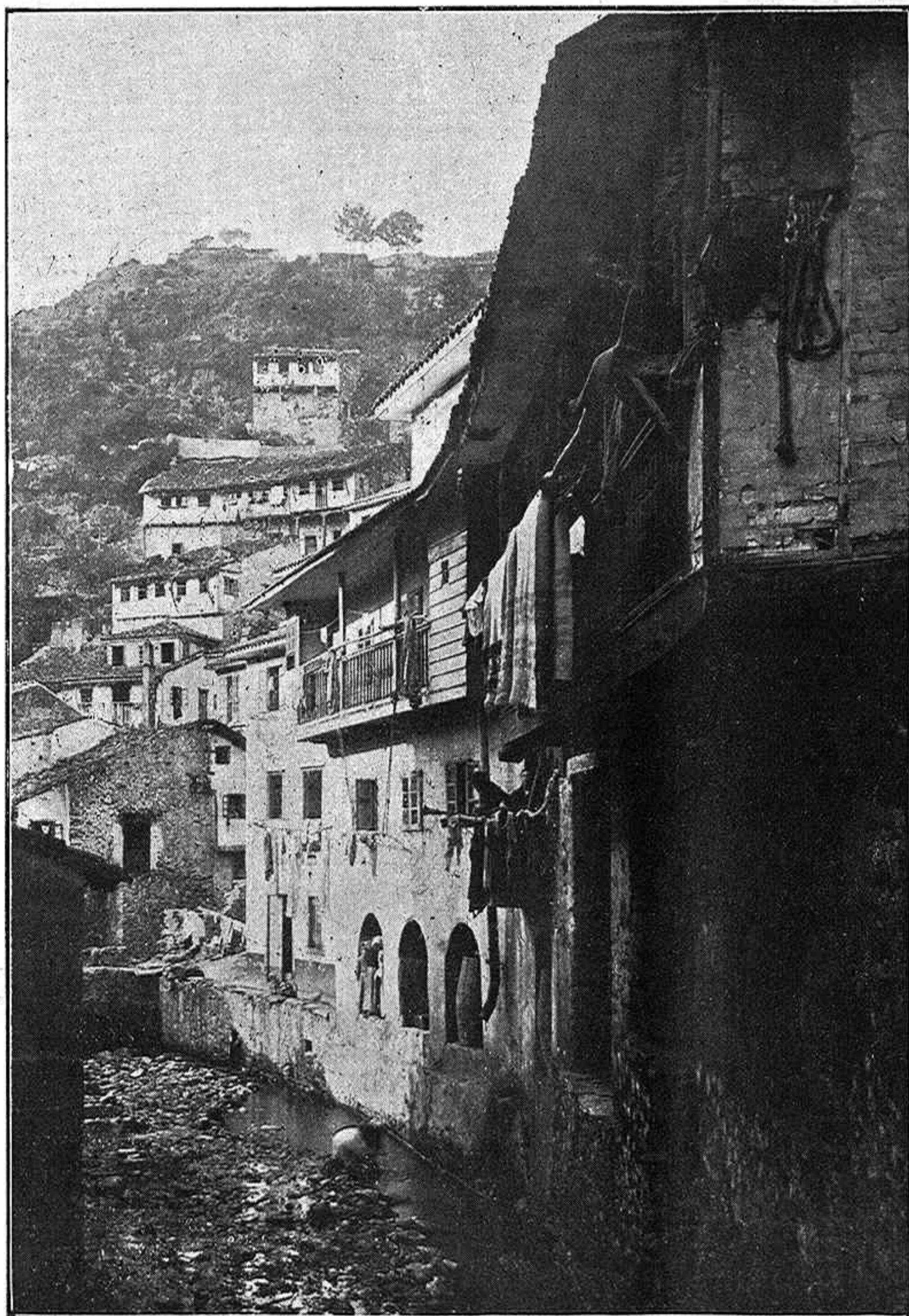
—Por no echarla del plato con el aliento.

Un individuo sufre condena por estafa.

Un amigo va á visitarle.

—Yo creía que eras un hombre de bien, y sin embargo...

También lo creía yo; pero, según parece, estábamos mal informados.



Cudillero: Calle de la Ribera.

Pensamientos

Los diamantes que brillan en las coronas de los reyes, son menos preciosos que las lágrimas que corren por las mejillas de los mártires.

Los filósofos más sensatos, que hayan pasado su vida estudiando el corazón humano, no conocerán las señales del amor tan bien como la mujer más necia, si está enamorada.

Cantares

No me mires á la cara
que soy un poco morena,
que más que el rostro procuro
el alma tenerla bella.

No he visto rosa más bella,
ni clavel más encarnado,
ni mujer más á mi gusto
que esta que tengo á mi lado.

Es la mujer conjunto
de malo y bueno;
en su postrera obra
Dios echó el resto.
Nadie la gana
cuando es la mujer buena...
¡ni cuando es mala!

Postales

Los hermosos grabados de «Alrededores del Nalón» que en los dos números pasados publicamos, y que tanto gustaron á cuantas personas tuvieron ocasión de verlos, fueron tomados de una colección de postales que recientemente ha publicado nuestro colaborador artístico Sr. Martín.

La galería que en Muros tiene tan acreditado artista, era asaltada este verano por cuantos excursionistas visitaron estos lugares.

Enviamos á nuestro querido amigo un caluroso aplauso.

En los números de LA ILUSTRACIÓN ASTURIANA que hoy publicamos, observarán nuestros abonados que hemos procurado hacer la lectura lo más amena posible, combinando las bellezas de la poesía con los encantos de la agradable y castiza prosa.

—

EN SALINAS

UNA MINA DE CARBÓN BAJO EL MAR



MI amigo Posada, el docto catedrático de la Universidad de Oviedo, que veranea en Salinas, me esperaba en la estación de Avilés.

Nos metemos por las calles tranquilas de Avilés, vamos directamente al Ayuntamiento y nos enseñan el *Fuero Viejo*, conservado admirablemente. La Carta-Puebla es de tiempos de Alfonso VII el emperador, en 1155. Algunos suponen que el Fuero es apócrifo. Era lo único que nos faltaba: muerta la leyenda, pero también la Historia.

El tranvía de vapor nos lleva de Avilés á Salinas, la playa moderna, viva, animadísima. La duna que atravesamos—me lo explica Posada—es enteramente semejante á la de no sé qué estación veraniega de Holanda. Y, en efecto, es muy bonita. No tengo tiempo casi de contemplarla, porque al cuarto de hora llegamos á Salinas. Una porción de casas y de hoteles, con su jardín y su balconada, que recuerda los grabados y fotografías de Suiza, se extienden á dos pasos del mar, de la espléndida costa. Son moradas coquetas, hermosas en su sencillez y algunas hasta elegantes y lujosas. Se vive allí bien. Invitan á quedarse en medio de su paz, calma, aislamiento para escribir un libro.

Comemos rápidamente. A la hora del café vienen en nuestra busca el distinguido ingeniero Ureña, un hermano de Posada y mi colega Castillejo. Y todos juntos nos dirigimos á la mina de Arnao, que está *debajo del mar*.

El pobre Luis Villate, hijo del general Balmaseda, me habló mucho de esta mina. Villate, que era un notable ingeniero, encomiaba su situación, los trabajos realizados en ella. De no haber muerto de repente en Gijón, víctima de traidora enfermedad, privándome de tan buen amigo, me acompañaría ahora. Así que, en cuanto yo llegué á Salinas, pregunté por la mina que en Arnao está debajo del mar.

Pedimos permiso, y otorgado—á muy pocos lo conceden—nos dispusimos á bajar. Es decir, bajar, no quería nadie más que yo. Posada, su hermano, Ureña y Castillejo se quedaron arriba: unos por haber visto de sobra el grandioso espectáculo y otros por no decidirse del todo á verlo.

Los preparativos son terribles, ponen espanto en el ánimo. Me quité toda la ropa que llevaba, y el director de la mina, D. Julio Monreal, mi acompañante y guía en el descenso, hizo lo propio. Y una vez desnudos, desposeyéndonos incluso de prendas interiores, nos endosamos otro traje adecuado á las circunstancias. Blusa azul de minero, pantalón azul de minero, camisa basta de algodón, calcetines más bastos todavía, y completando nuestra toaleta, una boina á la cabeza y en los hombros un carrik ó capa corta. El ingeniero Sr. Monreal se puso unas botas altas, yo unos zapatones de campo con una suela de cáñamo. ¡Ea, al avío!

El Sr. Monreal parecía un minero de verdad. El traje le sentaba á las mil maravillas, como hecho á la medida. Yo estaba impresentable, ridículo. Me sobraban pantalones y mangas por todas partes. El difunto era mayor. En cambio, la camisa me venía estrecha, reventando en el cuello y en los puños. La boina se me escapaba por lo pequeña. Pero no había sinó que resignarse á aquel disfraz so pena de no ver la mina. ¡Ea, al avío!

Nos dieron á cada uno un largo candil que apes-

taba, que despedía un humo infernal. Yo no acertaba á colocar á derechas en mis manos el candil. Varias veces estuve á punto de prender fuego á la ropa de mi compañero.

Aquel artefacto me ofendía el olfato, la vista y hasta el tacto. Me hubiera retratado de buena gana. El falso minero de seguro que haría reír en una fotografía.

Al entrar en el ascensor por donde se baja y se sube á la mina, me dí un coscorrón contra el techo. Aquello empezaba mal, con pésimo augurio. ¿Qué sería en el fondo, en las profundidades de la mina, debajo del mar? Ya me veía dando tropezones, cayendo y levantándome, rodando por el pozo ó el plano inclinado. La sensación de vacío que causa el ascensor al descender velozmente, y eso que no íbamos á toda máquina, es de las impresiones imborrables, permanentes, duraderas.

¡Adios, amigos! Desapareció el sol, nos hundimos en la tierra como tragados por ella. Y luego, al minuto, las tinieblas se hicieron espesísimas, impenetrables ni aún con la luz del candil. ¿Estábamos en el centro de la tierra? Me acordaba sin querer de los delirios semi-científicos, semi-novelescos de Julio Verne.

Bajando por un plano inclinado, ¡y tan inclinado!, agarrándome á las paredes, sudando, recibiendo en la cara gotas de una lluvia sucia, medio ciego y del todo turbado, metiendo el pié con infinitas precauciones entre el espacio que dejan los rails de las vagonetas, me sorprendió de pronto una inscripción á la derecha, una blanca lápida con letras negras en un agujero de la galería. Me detuve, y á la luz del candil leí lo siguiente:

«En 24 de Agosto de 1858 llegaron con ánimo jovial y resuelto á este lugar profundo y submarino, no visitado antes por mujer alguna, Su Magestad la Reina Isabel II y su augusto esposo D. Francisco.»

La inscripción sigue después; pero como yo no llevaba lápiz, solo pude retener en la memoria ese párrafo. En el centro de la lápida unos garabatos de Isabel II prueban que en efecto, llegó hasta allí. Ahora, eso del ánimo jovial y resuelto, me pareció una adulación cortesana. A tal lugar profundo y submarino se podrá bajar resignado ó si acaso medio vencido el miedo por la curiosidad; ¡pero jovial y resueltamente! Sólo les pasan á los reyes tales cosas. Bien es verdad que á la reina la bajarían probablemente en brazos robustos obreros.

Mi compañero de descenso, Sr. Monreal, me explicaba los orígenes y desarrollo de la mina. Comenzó la explotación carbonífera el año 38. Todavía vive uno de los fundadores de la Real Compañía Asturiana, el belga D. Julio Hauzeur. Los demás todos han muerto después de enriquecerse con la prodigiosa mina, digna de un cuento de «Las mil y una noches.»

Hoy la explotan los herederos y sucesores de aquellos belgas, belgas ellos también, que, á excepción de uno ó dos, nunca vinieron por aquí. La explotación belga, con máquinas belgas magníficas, de admirable precisión; pero la dirigen técnicamente dos españoles curtidos en estas tareas, hábiles y notables: el ingeniero don Julio Monreal, director de la mina, y el ingeniero D. Pedro Pascual de Uhagón, director de la dependencia.

Continuamos bajando, bajando á la mina. Primero descendimos á lo que se llama el enganche inferior; después fuimos hasta la máquina de extracción, de 45 caballos de fuerza; enseguida nos deslizamos por el plano inclinado *nuevo*, hasta menos de 155 metros; ¡155 metros bajo el mar, en vertical! Allí estábamos como sepultados, sumidos en las honduras del Océano. Y todavía faltaba mucho para alcanzar la profundidad extrema. Ahora son 300 y pico de metros. En

un día no lejano serán 600 ó 700. Por arriba van los barcos y los peces. Por arriba se desencadenan tempestades, en tanto que allá, en el abismo submarino, no se siente ni sombra de rumor de olas. La inmensa mole de agua la tenía yo gravitándome sobre el corazón.

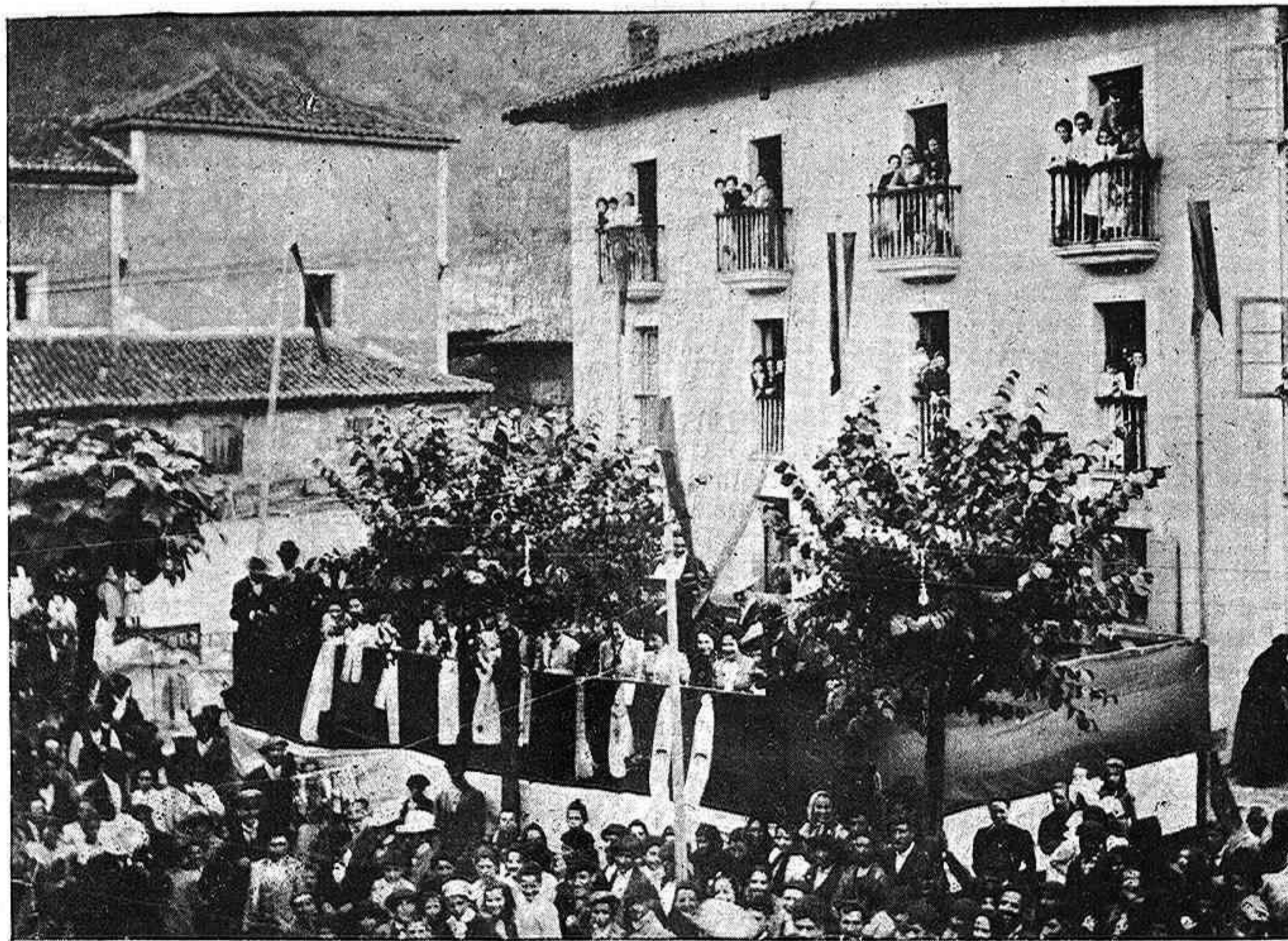
De vez en cuando mi inteligente guía deteníase y me mostraba un *tajo* de carbón, explicándome el modo de trabajar, de arrancar carne negra á la veta. Y de la explicación yo apenas entendía nada. Se me representaba el minero que describe Zola, tendido, picando el mineral, en postura imposible de tensión de todos los músculos, boca arriba, mientras que en la frente van cayéndole gotas calientes de una lluvia sucia, con la persistencia de algo que le quisiera talar el cráneo...

Subimos luego al nivel menos 103; pasamos el plano inclinado *viejo*, hasta la placa de Isabel II; subimos otra vez hasta el enganche, contemplando el freno automotor, y regresamos, en fin, á la boca de la mina. Los 250 operarios no hacen ruido alguno. Se necesitaba llegar hasta lo más negro del abismo para percibir unas sombras que iban y venían: mineros arrastrando vagonetas de carbón, sin decir una pa-

teoría del acarreo. Allá, siglos, muchos siglos atrás, en los grandes períodos carboníferos, debió haber colosales arrastres de bosques. Y citaba autores y autores. Me recomendaba la instructiva lectura de la notable geología de Lapparent.

Yo no le oía apenas. Estaba mirando una cabeza de rocín que se dibujaba fantásticamente en la pared, allá abajo y á la luz de varios candiles, oscilantes, de mineros. Y se me representó el caballo de *Germinal*, el inteligente caballo que valía por una persona ó por varias personas; tal era su talento, su prudencia, su previsión. El caballo de *Germinal*, simbolo del sufrimiento en este trabajo de topes, no de hombres, en la mina. El caballo de *Germinal* subiendo y bajando por el ascensor y en el que no se ha abolido el azoramiento, á pesar de la costumbre. El caballo de *Germinal*, que trabaja con centenares y miles de seres conscientes mientras los dueños descansan.

¿Cómo no ha de sentir azoramiento el caballo de *Germinal*? Los fuegos son frecuentes; el carbón arde espontáneamente. Hace poco hubo un incendio tan colosal, que tuvieron que inundar la mina de agua. Y á mí se me figuraba lo que serían aquellas ga-



Una fiesta en Micres

labra, sin mirarnos, desdeñándonos. Veíase bien claro el efecto de la mina, que mata el alma, que la impregna de aquellas espesas tinieblas, solo iluminadas por la luz tenue, fumosa, infecta del candil.

Doscientos cincuenta operarios arrancando diariamente carbón, renovándose por mitad, trabajando de noche y de día, producen 60.000 toneladas al año. Así se comprende que esta mina provea á la fábrica de zinc de Salinas y á las demás dependencias de la Real Compañía Asturiana; la fábrica de plomo, minio y albayalde de Rentería; las minas de calamina de Reocín (Santander) y además las minas de Comillas, de la Carolina y otras.

El ingeniero Sr. Monreal, á preguntas mías, me explicaba con gran claridad las dos teorías de la formación del carbón, inclinándose, naturalmente á la

teoría del acarreo. Allá, siglos, muchos siglos atrás, en los grandes períodos carboníferos, debió haber colosales arrastres de bosques. Y citaba autores y autores. Me recomendaba la instructiva lectura de la notable geología de Lapparent.

Yo me figuraba lo que sería el aire irrespirable del incendio, respirando el aire mefítico, saturado de miasmas humanos, de las galerías de *retorno*. El aire viene por allí como una bocanada de peste, como si se respirase una cloaca. ¡Pobres mineros!

Y ellos, los mineros, acostumbrados al tormento en vida de la mina, al sepulcro en vida de la mina, apenas sienten el inmenso dolor de su infortunio. De vez en cuando plantean una huelga y la ganan ó la pierden, á menudo la pierden, para volver á bajar al pozo más resignados que antes, más miserables que antes. No se quejan. En ellos se ha abolido hasta el sentimiento de sus propias desdichas. Máquinas humanas, máquinas negras buscan en el alcohol el consuelo á sus

males. Si el alcohol apresura la muerte, mejor que mejor. ¿Que más da dormir cuatro metros bajo tierra, que vivir 300 metros bajo tierra y bajo el mar? La sensación de la protesta es como el incendio del carbón. Surge espontáneamente en agitaciones catastróficas cuando menos se piensa. En tanto son hileras de hormigas que el capital aplasta. Se separan un momento de las víctimas y siguen arrastrando vagonetes, picando el carbón, como las hormigas arrastran el tigo.... ¡Pobres mineros!

Al hablar de la riqueza minera asturiana se evocó por todos la benemérita figura de Don Guillermo Schulz, alemán de nacimiento, asturiano adoptivo, que hizo más que todos los españoles por el desarrollo de esta industria. Vino a España en 1826 y aquí se quedó. Su libro *Descripción Geológica de Asturias* es un monumento de saber. Con razón ocupa lugar preferente su retrato en la galería de celebridades de la Universidad de Oviedo.

Se necesita tener el libro de Schulz delante para formarse una idea de lo que es esta riqueza. El resumen de los apéndices de su obra nos lo dirá en breves términos: En 31 de Diciembre de 1899 existían en esta provincia 1.994 concesiones con 583 pertenencias y 340 demasías en ellas comprendidas, representando una

superficie horizontal de 78.465 hectáreas. En 1.º de Enero de 1899 existían 1.822 concesiones con 54.804 pertenencias y 340 demasías representando una superficie horizontal de 72.908 hectáreas; de lo cual resulta un aumento para 1899 de 3.557 hectáreas. Eso en un año. Calcúlese ahora lo que habrá aumentado del 99 acá en los años en que vino el oro, el capital repatriado de América. En total, el valor de los productos mineros y metalúrgicos de Asturias en 1899 tuvo un aumento de 2.891.007 de pesetas respecto de 1898.

En esto pensaba yo cuando notamos que se nos iba el tranvía, que perdíamos el tranvía de Salinas a Avilés, en el cual forzosamente tenía que regresar para cojer el tren que me devolviese a Oviedo. No lo alcanzamos por mucho que corrimos. Y a pié, Posada y yo llegamos a Avilés sudorosos y fatigados, más sudoroso y fatigado yo que una hora antes al bajar a la mina en las profundidades del mar.. La desatentada carrera era como un símbolo del carácter español. Tiene a su alcance las cosas y llega tarde a tomarlas. A no ser que un extranjero le enseñe el camino como le enseñó el de las minas de Asturias el alemán Schulz, asturiano adoptivo....

Luis MOROTE.

Aires Colados

Así se titula un libro de cuentos, cantares, epigramas que acaba de publicar D. Luis Rodríguez (*Palique*.)

Bien conocido es el simpático *Palique* como escritor festivo chispeante, *fácil* é ingenioso.

En «El Carbayón», «La Avispa» (periódico que publicó *Rogue* en Cudillero) y en otras varias publicaciones que en distintas épocas vieron la luz en difentes pueblos de la provincia, colaboró Luis Rodríguez siendo aún niño, é hizo su seudónimo popular.

Hombre ya, y licenciado en derecho, abandonó las bellas letras por las de *cambio*, olvidó á Euterpe, entró en relaciones con Mercurio.... y está haciéndose millonario en su almacén de comestibles, en la calle del Rosal.

Aires Colados viene á demostrarnos una vez más, que «el literato siempre tira al monte de las letras.»

El libro, que está primorosamente ilustrado por J. Cuesta, Muñoz de la Espada, Santa Marina, Prado Norriella y Sordo, y lujosamente editado por «Artes Gráficas», de Gijón, tiene tan sólo ciento quince páginas; pero no hay en ellas desperdicio.

El Exámen del novio, *Buen crítico*, *Cosas de la Luna*, *El Presidiario*, son cuentos escritos con soltura, y tienen *argumentos* y *desenlaces* que hacen recordar los famosos cuentos baturros de *Gascón*.

¡*Dai na vidaya!* es un boceto de costumbres de Oviedo, trazado con mano de maestro.

Entre los cantares hay algunos muy *sentidos* y delicados.

Véase la muestra:

¡Si sabrían tus traiciones
las cuerdas de mi guitarra,
que al cantarte yo la copla
iban saltando de rabia!

...

Es mi amor como el teléfono
en un día de tormenta;
yo estoy llamando, llamando
y la Central no contesta.

En resumen: *Aires Colados* es un libro que dá á su autor altos relieves de literato.... y ratos muy agradables á cualquiera que lo lea.

La cita á la madrugada

No hay pena, no hay dolor, hermosa mía,
que yo no arrostre por tus lindos ojos,
esclavo viviré de tus antojos
en tanto que á mi amor tu amor sonría.

Preso en tus dulces lazos noche y día,
bebiendo el néctar de tus labios rojos,
¿cómo sentir los pérfidos abrojos
que del mundo falaz cubren la vía?

¡Adorarte y no más! Este es mi oficio:
y no hay afecto ni pasión profana
que no venza mi amor en tu servicio.

¡Mas soy flaco mortal, hermosa Juana!
pídeme de mi sangre el sacrificio....
¡y déjame dormir por la mañana!

A. G.

Noviembre

Pasaron ya del apacible estío
las noches luminosas y serenas,
llevándose del bosque rumoroso
los últimos arpegios y cadencias;
la luna, con sus débiles destellos,
alcanza apenas á alumbrar la tierra,
reflejando su líbido semblante
del hondo valle en la encharcada vega;
y errante y sola en la callada noche,
cual medroso fantasma, se pasea
la musa del invierno, arrebujaada
en andrajosa túnica de niebla.

AMANCIO DÍAZ.

Asturias de Occidente



Yo me encontraba casi, casi en el mismo estado de ánimo que el *Gaitero de Gijón*, cuando reía y lloraba al mismo tiempo; porque á la vez que contemplaba con sincero entusiasmo el creciente desarrollo de la industria en el Centro y gran parte del litoral de esta hermosa provincia, cuyo territorio es rico por naturaleza, se me caía el alma á los pies al comparar aquella actividad vertiginosa, aquella vida moderna, con el estado soporífico en que yacían los pueblos enclavados en la zona del Sudoeste Asturiano.

Mientras que allí en Gijón, Oviedo, Trubia, Mieres, Avilés, Langreo, San Esteban, Sama, Arnao, Llanera,



La Cena en la Aldea.

Quirós, Laviana, y otras afortunadas localidades, ensordecían agradablemente el pitar de locomotoras y sirenas, el crujir de los engranajes, el agudo chirrido de las sierras, el trepidante roce de los trenes, el ronco respirar de las chimeneas, el tronar de los cañones, el fragor de los barrenos, y otros varios ruidos, cuyo armónico conjunto iba pregonando el progreso, aquí continuaba el triste silencio de los pueblos muertos.

Ni un ruido, ni una columna de ese espeso y pardusco humo que, á pesar de su fealdad, alegre y embellece los paisajes: ni una de esas altas chimeneas que son las torres de las basílicas de la industria, por cuyas bocas salen ondulantes las flámulas negras que simbolizan la fiesta del trabajo; ni una turbina, que con sus poderosos movimientos consigue imprimir rotaciones invisibles; ni las vagonetas, deslizándose sobre los rails; ni los mineros, esa especie de topos tan útiles á la humanidad, que después de haber arrancado á la tierra los tesoros de sus entrañas, salen de las cavernas orgullosos de

haber cumplido su penosa misión: ni nada en fin de ese *mare magnum* ordenado, que dice á quien quiera oírlo, que en Asturias están hermanados el capital y el trabajo.

Nada, nada: aquí no ha llegado aun la vida que palpita en la Asturias de hoy, émula del Bélgica, á pesar de que no cuenta ni con un *Escalda* ni con un *Mosa*, canalizados, como pudieran estarlo gran parte del Nalón, del Navia, del Sella y del Eo; aquí estamos como estaba el resto de la provincia en el primer tercio del siglo XIX.

Cualquiera creería que en el alto de Cabruñana se habían levantado columnas como las de Hércules, con el terrible *non plus ultra* que llena de pavor á los capitalistas industriales, cualquiera pensaría, y con razón, que este extenso territorio no formaba parte de la nueva Asturias.

Todas estas reflexiones me hacía yo; y sin embargo, en medio de mi desaliento, decía para mi capote: semejante desigualdad, diferencia tan enorme, no pueden continuar mucho tiempo, porque ni el suelo ni el subsuelo del Sudoeste asturiano tienen nada que envidiar al de las localidades en donde tanta actividad se viene desplegando.

Si allí hay abundantes y ricos minerales, los hay aquí también si allí hay población, si hay ganadería, si hay productos variados de la agricultura, más y más abundantes existen en esta extensa región, y cuenta además con otra riqueza, casi desconocida en el Centro y en Oriente de la provincia: con la riqueza forestal.

Antiguamente decían los *Dálmatas* para distinguir el país árido y pobre del país frondoso y fértil, que *allí donde acababan las piedras y comenzaban los árboles, allí comenzaba la Bosnia*: y los astures de Occidente, sin despreciar el suelo de las demás comarcas asturianas, podemos decir parodiándolos, que allí en donde concluye la Espina empieza la Asturias de las maderas y de los saltos de agua, elementos que por sí solos bastarían para asegurarle lisonjero porvenir.

Eso me decía yo y poco tiempo después la realidad me ha demostrado, que ni me engañaba ni

estaba solo. Una sociedad compuesta de capitalistas asturianos y franceses adquirió en el extremo Occidente, en donde se pone el sol para los hijos de Pelayo, más de 10.000 hectáreas de monte, en cuyo suelo predomina el roble con un volúmen de más de dos millones de metros cúbicos; por cuyo suelo corren varios arroyos y riachuelos que recojen multitud de saltos de agua con insignificantes presupuestos, para ser utilizados, y en cuyo subsuelo abundan preciosos mármoles, hierro, carbón y otros minerales: y dentro de tan considerable propiedad, en el corazón del renombrado Muniellos, tiene ya construídos amplios talleres de sierra y preparación, cómodas y elegantes casas para los empleados, y espaciosos y bien saneados barrancos para los obreros, iluminado todo profusamente durante la noche por potentes focos de luz eléctrica.

Las siguientes vistas (1) que me ha proporcionado el

(1) Se publicará en el próximo número.

activo é inteligente cajero de la Sociedad, Sr. Díaz Penedela, no sólo dan idea del naciente pueblo industrial, bautizado con el nombre de *Bosna*, sino también gallarda muestra de algunos trozos de bosque y de hermosos ejemplares de los *sequoia gigantea* de este privilegiado terreno, algunos de los que no se avergonzarían de figurar al lado del famoso *Grizzly* del Parque Nacional de los Estados- Unidos.

Por eso, al considerar que la riqueza que aquí amontonó la mano de Dios es incalculable, y al ver el creciente interés con que los banqueros de Gijón, señores Velasco, cuya competencia como hombres de negocios es bien conocida, miran esta empresa, cuyos productos deben ser considerables, tan pronto como se constituya la vía férrea de Muniellos á enlazar con la de Ujo á San Esteban de Pravia, no pude menos de exclamar:

¡Yo no me equivocaba, porque por algo se empieza!

¡Quién sabe si la *Bosna* llegará á ser algún día una ciudad importante, como lo son las que en otros países se levantaron en bien corto período, trocando en suntuosas fábricas y elegantes viviendas lo que antes sólo era guarida de alimañas!

La interesante Memoria que hace ahora un año publicó el ingeniero Sr. Velasco, referente á la construcción de un tranvía de vapor de Muniellos á Cornellana, contiene importantes y bien calculados datos para creer con ánimo sereno, sin optimismo, que no tardaremos los ribereños de Narcea, en ver la locomotora ondular ligera por los abruptos pliegues de estas queridas montañas,

Y en cuanto al litoral del Sudoeste, el alcalde de Vega de Rivadeo, Sr. Villamil, modelo de buenos alcaldes en esta época, en que la política concejil corre parejas con la del Bajo- Imperio, puso la primer piedra en

la grandiosa obra asturiano-gallega, consiguiendo reunir una asamblea en la que estuvieron dignamente representadas las poblaciones más importantes de Galicia y Asturias; asamblea en la que se acordaron con entusiasmo las bases más importantes para la construcción del ferrocarril de Gijón al Ferrol, según aparece en la reseña y grabados que esta Revista publicó en su primer número.

Iniciada, pues, la campaña, tanto en la parte montañosa como en el litoral, ¿qué es lo que se necesita para que se conviertan en hermosa realidad tan justas aspiraciones? Nada imposible.

Ayudemos todos, ayuntamientos, diputados y particulares á los Sres. Velasco y Villamil, y á cualquiera otra persona ó sociedad que se proponga fines análogos y pronto saldrá del estado soporífero en que yace esta región, digna de mejor suerte.

Abandonemos ese rutinario y mortífero pesimismo, propio de pueblos poco cultos, y patrimonio de las pernas ignorantes que pretenden pasar por perspicaces, negando todo aquello cuya realización ofrece obstáculos. Sigamos el ejemplo de los pueblos modernos, y la posteridad nos bendecirá.

Pero si en vez de ayudar con la mejor buena fé, hacemos esa funesta guerra que nace de la ignorancia y de las almas ruines que admiten la pérdida de un ojo porque el vecino pierda los dos, entonces renunciemos á todo progreso posible: entonces resignémonos á continuar viviendo en la Asturias de principios del siglo XIX, y esperemos que nuestros descendientes maldigan nuestra gestión común.

FAUSTINO M. DE ARVAS

C. de Tineo 1904



Torre de la iglesia de Muros

Sección Provincial

Cud'illero.—Ha salido para Matanzas nuestro amigo D. Demetrio Martínez, después de pasar una larga temporada al lado de su familia.

Deseámosle feliz viaje.

El ilustrado profesor de la «Escuela Práctica de San Dionisio,» don Macario Iglesias, ha obtenido la calificación de sobresaliente en los exámenes celebrados en Oviedo para obtener el título de Maestro de Escuela Normal.

Nuestra enhorabuena.

Los mareantes de aquel puerto atraviesan actualmente una de las más angustiosas crisis que recuerdan los antiguos.

Hace más de un mes que las traineras no mullan una sardina.

Las lanchas salen al mar diariamente, pero siempre regresan sin mojar el aparejo, y, lo que es más triste, sin que los pescadores vean indicios de que pueda cambiar pronto su situación desesperada.